This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

F. A.

VICUÑA SOLAR

ERDOS

GO DE CHILE
A BARCELONA
1906

IMPRENTA
LITOGRAFIA
BARCELONA

Benjamin Vicuña Solar

A la memoria de mis padres

BENJAMIN

Serena, 1897

INTRODUCCIÓN

La familia Vicuña es originaria de la villa de Aranaz, partido judicial de Pamplona, en la provincia española de Navarra. El primero de este apellido que se estableció en Chile, fué, según parece, el capitán don Urbano de Vicuña, de quien hay constancia que en el último cuarto del siglo XVII residía en Santiago, donde casó con doña Melchora de Mendoza. Hijo único de este matrimonio fué el alférez don Luis, que en 1717 casó con doña Josefa de Morales.

Don Santiago de Larraín y Vicuña, hijo de don Juan de Larraín y de doña Gracia de Vicuña, y fundador del mayorazgo de su apellido, vino á

Chile en las postrimerías del siglo XVII, y en 1699 casó en Santiago con doña Mónica Teresa de la Cerda, perteneciente á una de las familias más principales de la colonia. Don Santiago fué presidente de la audiencia de Quito (*) du-

(*) Don Lorenzo de Vicuña compró en veinte mil pesos la presidencia de Quito, y llamó á sucederle en caso de que él no tomara posesión, entre otros deudos suyos, á su primo don Santiago de Larraín Vicuña. Sobre este don Lorenzo existe en la familia Vicuña una tradición, que siendo á todas luces falsa en los detalles, tiene en el fondo mucho de verdadero. He aquí cómo esa tradición fué referida por don Joaquín Vicuña á don Bernardo Vicuña Mackenna:—Durante el reinado de Felipe V estalló la guerra entre Inglaterra y España, y esta última nación vió bloqueados sus principales puertos é interrumpida casi por entero la comunicación con sus colonias de América. Estas experimentaron también las consecuencias de la situación, y en muchas de las más ricas minas se suspendió todo trabajo por escasez de elementos para continuarlo, pues el hierro y el acero alcanzaban precios inverosímiles y en algunas partes faltaban por completo. Unos acaudalados comerciantes de Cádiz,

rante diez años, y Carlos III concedió á uno de sus descendientes el título de primer marqués de Casa-Larraín.

El general don Juan Francisco de Vicuña, á

---

seducidos por las grandes expectativas de ganancia, decidieron arriesgarse en el negocio de traer á América estos artículos, y para ese efecto interesaron en la especulación á un joven y audaz marino llamado Andrés de Vicuña, el que en un barco ligero logró burlar la vigilancia de los ingleses y arribar á Cartagena (Colombia), donde realizó á magníficos precios el cargamento que conducía. Estaba ya Vicuña para regresar á España, cuando falleció de fiebre amarilla. Habíalo acompañado en el viaje un deudo suyo, Lorenzo de Vicuña, el cual, por ser medio loco, era una carga pesada para la familia; la que solicitó de Andrés que lo trajera á América, donde su carácter tendría que modificarse forzosamente. Lorenzo, como conocido pariente de Andrés, no encontró dificultades para disponer de todo lo que éste tenía consigo al morir, que era el valor total del cargamento, y en posesión de tan cuantiosa fortuna regresó á España y fijó su residencia en Madrid. A poco llegó á sus oídos que Felipe V, dando por razón los crecidos gastos que ocasionaba la guerra, había negado á Isabel Far-

quien algunos documentos de la época designan también con el título de *gobernador,* residió en Chile en varias ocasiones, y falleció en Lima en 1742.

El comisario general don Miguel Antonio

---

nesio, su segunda mujer, el dinero que ésta le pedía para adquirir una valiosa joya. Al instante Lorenzo entró en tratos con el joyero y envió á la reina la codiciada alhaja. Esta se avino á aceptar el regalo de su galante súbdito, siempre que fuera en cambio de una gracia que ella le concedería, previa solicitación suya. Excusóse el generoso donante con que él no quería más recompensa que la aceptación del presente; pero vista la obstinación de la reina, tuvo que ceder, y pidió para un deudo suyo, don Santiago de Larraín Vicuña, la presidencia de Quito. Hallábase éste en Chile entregado á trabajos agrícolas, y recibió con sorpresa la noticia de su designación para tan alto puesto, del que no tardó, empero, en ir á tomar posesión. Mientras tanto, los comerciantes gaditanos y la familia de Andrés de Vicuña veían con inquietud que éste no llegaba, y la última—pues de los primeros no vuelve á hablar la tradición—se dió á inquirir lo que había sido de su suerte. No tardó en saber la

de Vicuña y Reparaz, vino á Chile en 1709, con el presidente don Juan Andrés de Ustáriz, su deudo. Casó en Santiago con doña Manuela de Garmendia y Dote, en quien tuvo tres hijos:

---

verdad del caso, y entonces comisionó á uno de los suyos, el joven don Tomás de Vicuña y Berroeta, para que procurase averiguar el paradero de Lorenzo. Después de muchos trajines, el dicho don Tomás encontró á éste, moribundo, en un hospital de Cádiz, y todo lo que pudo averiguar de él fué, que el dinero se había gastado y que el único que debía haber aprovechado algo era don Santiago de Larraín, para el cual Lorenzo habia solicitado la presidencia de Quito. En vista de estos datos, la familia Vicuña comisionó al mismo don Tomás para que se trasladase á América en busca de su deudo don Santiago. Recibió éste muy bien á su joven pariente, y después de escuchar la relación de los sucesos que dejamos referidos, y de conocer sus pretensiones, le dijo:—Huélgome mucho de que hayas venido, y no menos de haber conocido al fin el secreto de mi nombramiento de presidente de Quito; pero no creo tener obligación alguna de dividir con mis parientes de España los bienes que he adquirido. Lo único que puedo hacer, es escribir á mis hermanos con el objeto de que, si

el presbítero don José Joaquín, doña María de Loreto y doña Ana Gregoria de Vicuña y Garmendia, casada con el maestre de campo don Manuel José de Rojas. Hermanos de don

---

les acomoda, mande cada uno de ellos un hijo suyo, que yo formaré bajo los auspicios de mi nombre y mi fortuna. Por lo que á tí respecta, quédate con nosotros.—Cumplió don Santiago su promesa, y aprovechándose de ella vinieron á Chile Martín y José Larraín, hijos de don Javier de Larraín y de doña Juana M. de Vicuña, y Francisco Javier Errázuriz, hijo de don Lorenzo de Errázuriz y de doña Micaela de Larraín. Por lo que hace á don Tomás de Vicuña y Berroeta, sabido es que se estableció definitivamente en Santiago y que es el tronco de la familia de su apellido.—Hasta aquí la tradición. De lo que ella refiere, está comprobado como verdadero lo siguiente: don Lorenzo de Vicuña, caballero de la orden de Santiago, compró la presidencia de Quito, que luego ocupó don Santiago de Larraín; don Tomás de Vicuña y Berroeta vino á Chile y fundó la familia de su apellido; y, finalmente, los jóvenes Larraín Vicuña y Errázuriz Larraín, llamados por su tío don Santiago, se establecieron en Chile y prosperaron con la protección que éste les dispensó.

Miguel Antonio fueron el capitán don Juan Ignacio, doña María de Gracia y doña Juana María de Vicuña y Reparaz, mujer esta última de don Martín de la Rea (*).

También figura en Chile en el siglo XVIII el teniente coronel don José Nolberto de Vicuña, nacido en Santisteban (Navarra), é hijo de don Tomás de Vicuña y de doña Juana de Asco.

De ninguno de los individuos antes nombrados que tuvieron por primer apellido el de Vicuña, existe hoy descendencia directa. El

(*) Don Martín de Vicuña, escribano real, residente en España, fué casado dos veces: en primeras nupcias con doña María de Echenique, muerta en 1665, y en segundas, un año después, con doña María de Alzugaray. De los descendientes de este último matrimonio es incierto que alguno viniese á Chile; no así del primero, pues don Miguel Antonio de Vicuña y Reparaz, de quien hablamos en el texto, era hijo de don Pedro de Vicuña y Echenique y de doña María de Reparaz, y nieto, por consiguiente, de don Martín. Del cercano parentesco de esta familia con la

fundador de la familia actual no fué ninguno de ellos, sino un deudo suyo, el maestre de campo don Tomás de Vicuña y Berroeta, nacido en la villa de Aranaz, en la segunda mitad del siglo XVII, del matrimonio de don Fermín de Vicuña y Aranívar con doña María de Berroeta. Don Tomás, que debió ser el mayor de los hijos varones (*), vino á Chile á principios del siglo XVIII, y se estableció en Santiago, don-

---

de don Tomás de Vicuña y Berroeta, fundador de la que actualmente existe en Chile, da irrecusable testimonio en un documento doña Ana de Vicuña y Garmendia, hija de don Miguel Antonio, que al ser requerida de pago por los herederos de don Francisco Vicuña Hidalgo, contestó que no había razón para apresurar la cancelación de la deuda, pues los Vicuña Larraín, como parientes más próximos, serían sus herederos. Acaso intencionalmente olvidaba doña Ana que igual derecho asistía á los descendientes de doña Petronila y de don Tomás Vicuña Hidalgo.

(*) Para creerlo así tenemos el siguiente dato: don Francisco Vicuña Hidalgo, hijo primogénito de don Tomás, dió poder en 1788 al presbítero don Juan

de casó en 1719 con doña María Josefa Hidalgo y Zavala, hija de ilustre y acaudalada familia.

De este matrimonio fueron hijos: doña Petronila, que casó en 1748 con el maestre de campo de ejército don Joaquín de Guerola é Ibáñez; don Tomás, casado en 1761 con doña Carmen Madariaga y Carrera; don Francisco, que casó en 1772 con doña Carmen de Larraín y Salas; y doña María Josefa, mujer de don Pascual de León, muertos ambos sin sucesión.

Doña Petronila siguió á su marido al Perú, y de la descendencia que dejó en aquel país, sólo conocemos el nombre de una hija suya, doña María del Carmen Guerola.

Bautista Irizarri, su deudo, beneficiado de la villa de Aranaz, para administrar el mayorazgo del palacio de cabo de armería de Aranívar, en Aranaz. De este mayorazgo debió estar antes en posesión el dicho don Tomás.

Don Tomás tuvo tres hijos: doña Carmen, que casó con don Ignacio López Sotomayor; doña Concepción, esposa de don José Miguel de Aldunate; y don Tomás, casado con doña Teresa Alcalde y Bascuñán.

Joaqn Vicuña

Don Francisco dejó siete hijos: don Francisco Ramón, Presidente de Chile, que casó con doña Mariana de Aguirre; don Manuel, primer Arzobispo de Santiago; don Joaquín, coronel de ejército y Vicepresidente de la República, casado con doña Carmen del Solar y Marín; don Martín,

muerto probablemente muy joven; don Rafael, marido de doña Juana de Toro; doña María del Carmen, esposa de don José Antonio Cañas Aldunate; y doña María Josefa, que casó en primeras nupcias con el general don Juan Mackenna, y en segundas con don Fermín del Solar.

Sería inoficioso continuar hasta nuestros días estas noticias genealógicas, que siempre resultarían incompletas, por tratarse de una familia de tan extensas y numerosas vinculaciones. Además, el propósito que nos ha guiado al consignarlas, ya está cumplido, como que se limitaba á reunir datos que andaban dispersos, agregar algunos nuevos y rectificar implícitamente otros (*). Para esto, quisimos aprovechar la ocasión que se nos venía á las manos, esti-

(*) Debo á la amabilidad de la señora doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, de don Francisco

mando que la inserción de estas noticias no podía parecer fuera de lugar en un libro destinado á contener las obras de un miembro de esa misma familia.

***

Don Joaquín Vicuña y Larraín había nacido en Santiago en 1786, y aunque hijo de una familia ilustre, su educación, al retirarse de las aulas, no difería mucho de la que ordinariamente recibían los jóvenes de su época. Comprendió él, sin embargo, que esto no bastaba, y aunque los trabajos comerciales á que desde luego se entregó, no le permitían disponer sino de muy escaso tiempo, el que lograba hurtar á

Vicuña Prado, don José Luis Lecaros, don Octavio Vicuña Dueñas, don Luis y don Tomás Tayer Ojeda, ya algunos datos nuevos, ya comprobaciones de los conocidos.

ellos lo empleaba en el estudio, y así completó sus conocimientos de latín, aprendió el francés, adelantó en las matemáticas y fué extendiendo su cultura histórica, á que particularmente se sentía inclinado. Esta última afición fué la que perduró en él, y el que esto escribe guarda con respeto un volumen manuscrito, fechado en 1822, cuyo título es: *Apuntes historiales para el uso de Joaquín Vicuña, hechos por él mismo.*

Pero ni sus ocupaciones cotidianas, ni los estudios á que en las horas libres se entregaba con empeño, eran bastantes para distraer el ánimo del joven Vicuña de los acontecimientos políticos que comenzaban á desarrollarse, y que debían ser los precursores de la revolución de la independencia. Según una publicación hecha algunos años después (*), «Vicuña, aunque demasiado joven, ya estaba iniciado en los planes

(*) *Breves noticias biográficas del coronel don Joaquín Vicuña.* Valparaíso. Imprenta del Mercurio, 1829

que debían desarrollarse para conseguir nuestra independencia. El fué uno de los intrépidos jóvenes que se presentaron armados en la Audiencia Real, reclamando la libertad de los ilustres Rojas, Ovalle y Vera». Y en seguida añade: «Vicuña sirvió personalmente en todos los pasos que preparaban nuestra mutación política, exponiéndose á toda clase de peligros, y sufriendo semanas enteras las vigilias más penosas, para prevenir las asechanzas y planes que los españoles intentaban oponernos. Por una conducta tan honrosa, mereció del nuevo Gobierno que se le hiciese capitán de las primeras fuerzas veteranas que bajo el régimen patrio tuvo la nación; pero, por llenar algunos compromisos contraídos en el comercio, renunció de la brillante carrera que le abría la puerta á la gloria, y abandonando la capital de la República, se fué á Coquimbo, á donde le llamaban sus obligaciones».

Establecido en la Serena, sirvió con singular acierto la prefectura de policía de aquella región, y por ese mismo tiempo desempeñó el cargo de agente consular de los Estados Unidos.

Cuando sobrevino el desastre de Rancagua, don Joaquín se dirigió á Mendoza, y en esta ciudad y en Buenos Aires participó de los trabajos y vicisitudes comunes á la mayor parte de los chilenos arrojados allá por la ola de la emigración, y á los cuales él sin duda habría podido substraerse en parte, á no ocurrir el lance desgraciado en que perdió la vida, en la segunda de las ciudades nombradas, su hermano político, el ilustre y caballeroso general don Juan Mackenna. Y como si esto no bastara, el correo de Chile se encargaba de llevarle continuamente cartas en que se le participaba, ora la confiscación de sus bienes, ora las vejaciones de que, por odio á él, se hacía objeto á su joven esposa y á su inocente hijo.

Un amigo generoso vino á aliviar un tanto su aflictiva situación en la tierra extranjera, y con los auxilios pecuniarios que le proporcionó y que Vicuña supo emplear fructuosamente en especulaciones comerciales, pudo al fin éste mejorar sus condiciones de vida, las de muchos de sus compañeros, y socorrer á su ausente y perseguida familia.

Cuando el ejército libertador atravesó los Andes, fraccionado en varias divisiones, Vicuña se incorporó en la que al mando del teniente coronel Cabot ocupó la provincia de Coquimbo, después de vencer á los realistas en el combate de Salala. Muchos años después, don Joaquín relató ligeramente estos sucesos en sus *Apuntes históricos de la revolución de Chile desde 1814 hasta 1820* (*).

(*) Este manuscrito perteneció á don Miguel Luis Amunátegui, quien lo regaló á don Benjamín Vicuña

Acusado Cabot de haber cometido actos de escandalosa rapacidad en provecho propio, fué separado del mando de la provincia, y O'Higgins nombró una comisión compuesta de don Joaquín Vicuña, don José Antonio Ovalle y don Martín Larraín y Aguirre, con el objeto de establecer gobiernos regulares en los pueblos y distritos del norte (*).

Relacionando sus servicios posteriores, dicen los *Apuntes biográficos* ya citados: «Vuelto (Vicuña) al seno de la patria, ejerció varios empleos concejiles y desempeñó á satisfacción general la comisión árdua que le confió el intendente (**) de aquella provincia, para apaciguar los indios, que unidos con algunos espa-

---

Mackenna, en cuya colección se encuentra. Poseo de él una copia que me proporcionó don Enrique Blanchard Chessi.

(*) BARROS ARANA, *Historia general de Chile*.

(**) Debió decir subdelegado ó gobernador: el

ñoles, se levantaron en masa y tomaron la ciudad de Illapel, haciendo las mayores tropelías y proclamando el gobierno real...Sofocó aquel levantamiento, ejecutando á cinco de los principales caudillos... En aquel mismo punto (Illapel) convino con el general Cruz, que repasaba todo el norte, el formar allí el centro de operaciones del ejército, en caso de una desgracia en Maipú. Pero obtenida la victoria, volvió á la capital de la provincia, á cuyo mando fué promovido... Estuvo de intendente cuatro años, en cuyo período facilitó con su actividad y crédito ingentes sumas al gobierno general, y engrosó el ejército y marinería con cerca de dos mil hombres. No obstante la autoridad paternal con que dirigía la provincia, no faltó quien turbase su reposo amenazando á

---

primer mandatario de la provincia de Coquimbo que tuvo el título de intendente, fué don Joaquín Vicuña. (MANUEL CONCHA, *Crónica de la Serena*).

aquella ciudad con el saqueo y los males inseparables de un motín militar, que se efectuó en los dos únicos cuarteles que allí había; pero el señor Vicuña, apenas tiene noticia de él, que se dirige solo ante trescientos hombres, quienes lo saludan con una descarga de que escapó milagrosamente. No se intimida por esto, y resuelto á morir, se mezcla con los amotinados, les impone con su autoridad, toma al jefe de un brazo y pocas horas después lo hace pasar por las armas en presencia de aquella misma tropa...

«Como la conducta del gobierno general no caminase á la par con sus sentimientos y patriotismo, hizo renuncia de la intendencia, y no se le admitió; pero repitiéndolas incesantemente, logró al fin que se le concediese, quedando con el empleo de coronel de ejército. Pero apenas se había retirado á gozar pacíficamente con su familia, cuando estalló la revolución del sud, dirigida por el general Freire, en

cuyo buen éxito tuvo una gran parte. Por sus empeños se conmueve todo el norte, y en pocos días se organiza una fuerte división que se dirige precipitadamente á la capital para excitar allí á los habitantes á un levantamiento, lo que felizmente se verificó sin haber intervenido fuerza alguna, quedando depuesto el general O'Higgins. En la administración del general Freire fué nombrado de nuevo intendente de la provincia, honor que renunció con constancia y que sólo admitió interinamente, mientras el actual vicepresidente (el general don Francisco Antonio Pinto) iba á ocuparlo».

En el puesto de intendente de esa provincia, que entonces servía por cuarta vez, le encontró el año de 1829, tan fecundo en acontecimientos políticos de importancia, con motivo de la transmisión del poder supremo, que presidía su hermano don Francisco Ramón. En los días 15 y 16 de mayo se verificó la

elección de los electores de presidente, y el partido liberal, al cual correspondió el triunfo, designó al general don Francisco Antonio Pinto como candidato á la primera magistratura de la República, y al coronel don Joaquín Vicuña para ocupar la vicepresidencia.

Esta última candidatura, lanzada tardíamente, no obtuvo suficiente mayoría de sufragios en la reunión de los colegios electorales verificada el 5 de junio. Tampoco la obtuvieron sus competidores, y en cumplimiento de un precepto constitucional, la designación de la persona que debía servir ese alto puesto quedó entregada al Congreso, el cual eligió á Vicuña el 14 de septiembre de ese mismo año.

Esta elección fué objetada por los partidos de oposición, que necesitaban de un pretexto cualquiera para lanzarse á la revuelta armada. Don Francisco Ramón Vicuña, hermano del vicepresidente electo, creyendo apaciguar los

ánimos y teniendo además en cuenta el ningún interés que don Joaquín había manifestado por el puesto para que acababa de ser elegido, presentó en nombre de éste la renuncia de ese cargo «bajo la caución de rato», es decir, bajo el compromiso de presentar la renuncia auténtica de su representado (*). A pesar de la irregularidad del procedimiento, la dimisión fué aceptada, sin que este acto sirviera para modificar en un ápice la actitud de los partidos de oposición, que, como era fácil suponerlo, no llegarían á abandonar sus pretensiones porque les faltase este ú otro pretexto que las justificaran.

A partir de esta época, la vida pública de don Joaquín Vicuña ofrece poco interés: retirado en la Serena, se entregó á los trabajos agrícolas, á la educación de su numerosa fami-

(*) BARROS ARANA, *Historia general de Chile.*

lia, y al servicio de la localidad desde los cargos concejiles que desempeñó. No tuvo participación alguna en la revolución de 1851, y aunque simpatizaba con las ideas por ella sustentadas, no la aprobó, por estimar que no era ese el camino que debía seguirse para obtener reformas duraderas.

Favorecido de la fortuna y en los comienzos de una ancianidad dichosa, vino la muerte á sorprenderlo el 3 de noviembre de 1855, en la integridad de su vigor físico y de sus facultades intelectuales. Su fallecimiento, que tuvo doloroso eco en el gobierno y en la sociedad de Santiago, alcanzó las proporciones de un duelo público en la ciudad de la Serena, donde se le hicieron suntuosos funerales, como cumplía á un veterano de la independencia condecorado desde 1819 con la Legión del Mérito, á un mandatario ilustre y progresista, á un ciudadano que sacrificó en más de una ocasión su

tranquilidad y su fortuna en servicio de la patria (*).

***

Ya hemos dicho que ni las ocupaciones del hombre de trabajo, ni los afanes y vicisitudes del revolucionario y del patriota, bastaban á distraerlo completamente de las lecturas con que cultivaba su espíritu. Fruto de sus aficiones históricas son los manuscritos que hemos mencionado: *Apuntes historiales para el uso de Joaquín Vicuña, hechos por él mismo*, y *Apuntes históricos de la revolución de Chile*

(*) En 1820 proporcionó al gobierno el bergantín *Buenaventura*, que después de tres meses de activo servicio, naufragó al entrar á Valparaíso. De esta pérdida no fué Vicuña indemnizado. En 1821 fundó la ciudad de *Vicuña*, capital del departamento de Elqui, y en ese mismo año, siendo él intendente de la provincia, abrió sus puertas el *Instituto de San Bartolomé*, hoy Liceo de la Serena.

desde 1814 hasta 1820. El primero es un resumen de la historia antigua de los pueblos orientales y de las de Grecia y Roma, hasta la invasión de los bárbaros. El segundo comienza con una rápida descripción del estado de anarquía en que se encontraban las provincias argentinas á la fecha de la emigración chilena; refiere las dificultades que hubo que vencer para organizar el ejército libertador, y las operaciones realizadas por éste; y después de relatar sucintamente los acontecimientos que siguieron al triunfo de las armas patriotas en Chacabuco y Maipo, da fin á sus anotaciones con la partida de la expedición al Perú al mando de San Martín.

No es ciertamente esta relación, hecha al desgaire, una obra literaria, ni su índole ni su objeto se prestaban á que lo fuera; pero la precisión con que el autor distingue los acontecimientos, la gradación que les asigna según

su verdadera importancia, y la claridad con que acierta á referirlos, revelan en él facultades muy superiores á las que exigía la modestísima tarea en que esta vez, y todavía ocasionalmente, le vemos empeñado.

Tampoco le era desconocido el mecanismo de la versificación, ya que no sería justo calificar de poesía los juguetes rimados en que solía ensayarse, y de que vamos á transcribir algunas muestras. Su modelo era probablemente Gerardo Lobo, el *capitán coplero*, según la expresión desdeñosa de Felipe V., autor que en aquel siglo de decadencia, encantaba con sus retruécanos y discreteos á los lectores españoles y americanos.

He aquí un ovillejo en que Vicuña prevenía á un joven enamorado la existencia de un rival:

Eres firme como un cedro,
Pedro,

y dulce como un damasco,
Nolasco,
y no de apellido bobo,
de Cobo:
fíjate bien en el lobo,
que con su extrema fiereza
no te arrebate la presa,
Pedro Nolasco de Cobo.

De una composición en que definía el amor enumerando los cuidados que ocasiona, sólo conocemos la primera estrofa, única que recordaba completa la persona que nos la dictó:

Viene amor, señora, á ser,
según me lo declaró
uno que de amor murió
sin llegarlo á comprender,
sufrir para merecer,
rogar para conseguir,
tener sueño y no dormir,

tener prisa y no llegar,
tener fe y desesperar,
tener vida y no vivir.

Un enamorado galán, quejoso de su novia, solicitó de don Juan María Egaña una estrofa, para enviarla a su bella enemiga conjuntamente con un ramo de aquellas hermosas flores de Coquimbo que no tienen par en Chile. La señorita no quiso pasar por descortés, y menos aún conformarse con los reproches que la misiva encerraba, y para responder á ella solicitó igual favor de don Joaquín Vicuña. Esto dió origen á una larga y ruidosa polémica en verso, de que todavía queda memoria en la Serena y á la cual pertenecen estas décimas:

ÉL

Bella ingrata, en una flor
de ésas que despreciarás,

el símbolo encontrarás
del más tierno y puro amor.
Para que sea mayor
mi fineza, he comprendido
que he de darte aborrecido
muestra de mi fe sincera,
porque ¿qué fineza fuera
quererte siendo querido?

ELLA

Jamás se podrá cifrar
el más puro y tierno amor,
en lo débil de una flor
que se puede marchitar.
Así, es mejor renunciar
á tan corta duración:
si una flor y una pasión
han de caminar iguales,
tendré á las dos por dogales
de un sencillo corazón.

ÉL

¿Quién es mi amor?... Tú, señora,
y una flor te simboliza,
y la gracia la ameniza
y un bello matiz la dora.
Mas, la fe con que te adora
quien, como yo, sabe amar,
no puede simbolizar
una flor que se marchita,
que amor en el alma habita
y el alma no ha de acabar.

La tradición nos ha conservado también las siguientes estrofas, exentas de todo discreteo, pero—y acaso por eso mismo—más vulgares que otras que hemos citado. Sírvale, empero, de disculpa al autor, el que los versos eran de encargo, y debía él en cierto modo acomo-

dar su estilo á las luces del que los iba á subs cribir.

GLOSA

Amado cielo querido,
yo me muero de pesar
de sólo considerar
que me has echado en olvido.

Desde aquel fatal instante
que te apartaste de mi,
quedé llorando por ti
con tierno llanto incesante.
Y tú, por estar distante,
parece que has pretendido,
cual mármol endurecido,
no hacer caso de mi llanto,
viendo que te quiero tanto
amado cielo querido.

Quisiera estar á tu lado

perdió toda su hermosura
y sus espinas dejó.

¡Ay espinas!... ¡Cómo clavan!
¡Cómo clavan! ¡Qué dolor!
¡Ay! espinas más punzantes
no sufre otro corazón!

Viéndose ya en esqueleto
y perdida la color,
su fragancia por el aire
como el humo se exhaló.

¡Ay espinas!... etc.

Igual suerte que esta rosa
ha tenido mi pasión,
que apenas me lisonjeaba
cuando desapareció.

¡Ay, espinas!... etc.

Varias estrofas más podríamos citar, pero nos abstenemos de hacerlo en vista del carácter íntimamente familiar de unas, y del desenfado crudamente epigramático de otras. Además, la ya transcritas bastan para probar que don Joaquín no carecía de aptitudes para versificar con soltura y oportunidad; lo que, por lo menos, demuestra en él dotes apreciables de ingenio, susceptibles, á ser otros la época y el medio, de más amplio y fecundo desarrollo.

***

Don Joaquín estuvo casado con doña Carmen del Solar y Marín (*), y ya se comprende

(*) «La familia de Solar había sido fundada por dos capitanes españoles. Uno de ellos, don Diego del Solar y Sobremonte, natural de la villa de Pontones, había quedado huérfano en su menor edad, y había sido recogido por su tío don Juan del Solar, emplea-

que un hombre que disponía de cuantiosos bienes de fortuna, y que había dado la prueba más elocuente de su amor por la educación, al educarse á sí mismo, no descuidaría la de su numerosa familia. Efectivamente, todos sus

---

do en la corte de Felipe IV. Don Diego llegó a Chile con el presidente Meneses y con el título de capitán de infantería... Muy luego fué nombrado capitán de caballería, y más tarde corregidor de Rancagua. Casó en nuestro pais con doña Isabel Gómez de Silva, hija del maestre de campo don Miguel Gómez de Silva y Morales; y entre otros hijos procreó á doña Isabel, la cual fué mujer legítima del capitán don Mateo Cajigal del Solar, oriundo de las montañas de Burgos». (AMUNÁTEGUI SOLAR, *Mayorazgos y títulos de Castilla*).

Del matrimonio de don Mateo Cajigal del Solar con doña Isabel Gómez de Silva, nació don Miguel, que casó con doña Antonia de Lecaros. Uno de los hijos de este matrimonio fué don Bernardo del Solar y Lecaros, casado en la Serena con doña Josefa Marín y padre de doña Carmen del Solar y Marín, esposa del coronel don Joaquín Vicuña.

hijos recibieron educación esmerada bajo su inmediata dirección: ellas, la suficiente para constituir un hogar respetable, y para ocupar un puesto distinguido en la sociedad á que pertenecían; ellos, para eso mismo, y para desempeñar con acierto los cargos públicos á que más de una vez habían de ser llamados.

El menor de sus hijos es el autor de este libro de poesías.

Nació don Benjamín Vicuña Solar en la Serena, el 5 de marzo de 1837. Aunque las aficiones literarias de que dió pruebas desde temprano, se compadecían mejor con los estudios de humanidades que con los de matemáticas, hubo de dedicarse á estos últimos, á causa de ciertas dificultades que para seguir los primeros encontró en el liceo de su pueblo natal. En 1855 vino á Santiago á continuar sus estudios, y asistió con particular interés el curso de literatura que profesaba don Miguel Luis

Amunátegui en el Instituto Nacional. La muerte de su padre, ocurrida á fines de ese año, la escasa afición que tenía á los estudios de matemáticas, y cierto malestar que precede siempre á las agitaciones revolucionarias, le hicieron abandonar la carrera de ingeniero y determinaron su vuelta á la Serena dos años después.

La política era entonces la más viva preocupación de los espíritus, y en especial de los espíritus jóvenes, que soñaban en renovar con fortuna la frustrada tentativa de 1851. Vicuña Solar, uno de los miembros más entusiastas de la juventud liberal, no tardó en seguir la corriente de la época, y procurando satisfacer á un mismo tiempo su predilección por las bellas letras, fundó en 1857, en la Serena, la revista semanal *El Eco Literario del Norte*, y en 1858, en la misma ciudad, el periódico político *El Demócrata*, que ayudó á preparar la revolu-

ción que estalló en Copiapó el 5 de abril de 1859.

A causa de haber hecho circular en hoja suelta, burlando la censura, una poesía subversiva titulada *Grito de guerra coquimbano*, fué perseguido y tuvo que ocultarse. Vencida poco después la revolución en la sangrienta batalla de Cerro Grande, Vicuña no fué molestado, y pudo entregarse con relativa tranquilidad á los trabajos agrícolas y al cultivo de la literatura.

En 1864 contrajo matrimonio con doña Eudoxia Cifuentes y Zorrilla, y desde entonces, dedicado por entero á su hogar, sólo incidentalmente se le ve intervenir en los negocios públicos. Fué diputado al Congreso en las legislaturas de 1867 y 1873, pero en ninguna de las dos ocasiones tomó participación activa en los debates de ese cuerpo. Más tarde sirvió interinamente la intendencia de Coquimbo, y en varios períodos desempeñó cargos concejiles

en su ciudad natal. Fué miembro de la mayor parte de las sociedades literarias de su época, y colaboró en las principales revistas chilenas y americanas dedicadas al fomento de las bellas letras. Murió en la Serena el 8 de octubre de 1897.

Don Benjamín Vicuña Solar fué antes que todo, un hombre de hogar y un hombre literario. Como lo primero, su obra pertenece á los suyos, que guardan con religioso respeto la memoria de su vida inmaculada y austera; como lo segundo, su obra pertenece al público, y vamos á procurar diseñarla someramente, desde un punto que nada tiene que ver con los estrechos lazos que con su autor nos unen.

Vicuña Solar recibió una educación sólida, á que él dió mayor extensión con la variedad y el número de sus lecturas. No era enciclopédico ni pretendía serlo, pero tenía conocimientos generales muy bien fundados en la mayor

parte de los ramos que comprende el extenso círculo de las humanidades. Su ciencia favorita era la historia; el arte que más le solicitaba, la poesía.

Nacido en pleno romanticismo, su talento se desarrolló con la lectura de los autores franceces y españoles que presidían ese movimiento, y no creemos equivocarnos al afirmar que Lamartine y Musset entre los primeros, y el duque de Rivas, Espronceda y Zorrilla entre los segundos, son los que más influyeron en la formación de su gusto poético. No podríamos citar tal vez ninguna composición suya en que fuera clara la imitación de los dos primeros, pero la blandura elegíaca del autor de las *Meditaciones*, y la sencilla ingenuidad del autor de las *Noches*, han dejado huellas inequívocas en más de una estrofa del poeta chileno. La influencia del duque de Rivas está patente en el romance *Las dos Serenas*, y por lo que hace

á Espronceda y á Zorrilla, sería muy fácil presentar varias composiciones que, como *La Ramera* y *Noche de insomnio*, recuerdan la *manera* poética de aquellos insignes líricos, sin ser precisamente imitaciones directas de otras suyas.

Vicuña Solar escribió y publicó siendo muy joven la mayor parte de sus poesías, y de esta publicidad prematura le oímos arrepentirse más de una vez. Y no le faltaba razón, pues aun en sus mejores composiciones, tal como primero fueron impresas, se echa menos aquella necesaria madurez, que si influye, y mucho, en el fondo mismo de la obra, aún es de más vital importancia en la forma, de la cual no se puede prescindir al juzgar una producción artística cualquiera. La idea, en poesía, es casi siempre producto de la inspiración, y dicen que la lógica pierde su tiempo cuando trata de doctrinar al sentimiento; la forma es las más veces fruto de la reflexión y del buen gusto, pues en raras

ocasiones brotan las estrofas de los labios del poeta, armadas de punta en blanco, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Aquello de que lo que bien se siente, bien se expresa, no pasa de ser una bonita quimera en la mayor parte de los casos; y por algo dijo un preceptista, que era también poeta distinguido: «escribid con toda la fuerza de la inspiración, pero corregid después con todo el rigor de la lógica.»

Corregir, eso fué lo que hizo constantemente Vicuña Solar, pudiendo asegurar nosotros, en presencia de sus manuscritos, que nunca copió una poesía suya para trasladarla de un cuaderno á otro, sin tratar de mejorarla en algún detalle que no le satisfacía. Esta tarea, aunque indispensable, es ingrata y enfadosa, y ocurre á veces que la obra gana en corrección menos que lo que pierde en espontaneidad.

Su gusto, en los últimos años, se hizo de sobra descontentadizo, y el padre de familia

parece que sintió escrúpulos de la obra poética de su juventud. Esto dió por resultado la destrucción de la mayor parte de ella, como lo prueban varias anotaciones suyas y algunos fragmentos que hemos podido leer en los mutilados manuscritos. En un índice que tenemos á la vista, de composiciones suyas anteriores á 1867, figuran los títulos de cincuenta y dos poesías señaladas como inéditas, de que no hemos hallado rastro entre sus papeles. Esas poesías eran casi todas eróticas y alcanzaban á un total de más de tres mil versos. Algunas parece que trató de recordar después, pesaroso de haberlas destruído, pero no llegó á reconstruir íntegramente ninguna. Queda todavía constancia de doce ó quince composiciones más, que seguramente fueron impresas, pero que no hemos encontrado en los diarios y revistas de la época. El volumen que ahora sale á luz, es el resultado de la selección hecha por el autor

mismo, que nosotros hemos respetado en la mayoría de los casos (*).

En 1857 se imprimió en la Serena un folleto de pocas páginas titulado *Ensayos poéticos*, subscrito con las iniciales del autor: fué hecho sin su anuencia y contiene unas cuantas poesías de muy escaso mérito.

El insigne poeta brasileño autor de *Corymbos*, Luis Guimarães Junior, que durante algunos años representó á su país en Chile, tradujo al portugués varias poesías de Vicuña Solar.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

Santiago, 1.º de enero de 1906.

(*) En su postrer viaje á Santiago, tres meses antes de morir, me entregó mi padre los manuscritos de sus poesías con las últimas correcciones que en ellas había hecho. Prometió mandarme algunas composiciones más, pero no llegó á realizarlo. En este volumen se publica la mayor parte de las que él me entregó, y algunas otras que yo he seleccionado entre sus papeles.

La publicación de este libro es un recuerdo póstumo que su esposa ha querido dedicarle.

RECUERDOS

CAMILO HENRÍQUEZ

Cual lucha el sol por desgarrar la bruma
que priva al mundo de su luz querida,
así, noble adalid, con tu áurea pluma
do quier luchaste con constancia suma
por dar á Chile libertad y vida.

Tu nombre fué la enseña de victoria
en el palenque augusto de la idea;
tu genio altivo despertó á la gloria
al triste siervo, que nació á la historia
entre el fragor de desigual pelea.

Bardo, el encanto del nativo suelo,
poblado de mil bosques seculares
desde la mar á la región del hielo,
enalteciste con sublime anhelo
en tus ardientes trovas populares.

Noble ofrenda la patria te ha acordado:
el premio que en las márgenes del Tibre
Roma ofrecía al adalid osado
que arrostraba la muerte por ver libre
el suelo á sus deidades consagrado.

LA VOZ DE AMÉRICA

¡Truena el cañón! Al bélico estampido
un mundo se abalanza denodado
á castigar al que soñó atrevido
vengar la afrenta que debió al pasado.
Las odiosas escenas que el olvido
había para siempre sepultado,
se renuevan hoy día á nuestras puertas
nunca al rencor ni al egoismo abiertas.

¿Qué es lo que quieren de este libre suelo
cuyas hazañas recogió la historia?

¿Les mueve acaso el belicoso anhelo
de aquellos días de fatal memoria?
Nó; que es el oro que nos diera el cielo
su sola aspiración, su sola gloria,
y apoyan sus rapaces ambiciones
en la vívida luz de sus cañones.

¡Truene el cañón y llueva la metralla
del Pacífico mar por la ribera!
¡La cólera del libre, cuando estalla,
no encuentra atajo en su triunfal carrera!
Y si á nuestro furor pérfida valla
la suerte opone, caprichosa y fiera,
halle el tirano que soñó en esclavos
el rígido cadáver de los bravos.

Sagrada libertad, á cuyo aliento
brota lo grande, lo que el mundo admira,
¿quién, si oye en torno resonar tu acento,
por alcanzarte ó por morir no aspira?
¡Tremole el libre la bandera al viento,
ó arda con ella en la gloriosa pira!
¡Los hijos de Colón, americanos,
antes perezcan que sufrir tiranos!

1864

CANTO Á LA TARDE

A Manuel Concha

Cae el sol en el vasto oceano,
y al morir con sus rayos enciende
el crepúsculo bello que extiende
en ocaso su vario color;

dibujando en las nubes errantes
cordilleras de cimas nevadas,
ó palacios que habitan las hadas
entre danzas y cantos de amor.

Desde el limpio cristal de las ondas
se levanta una voz peregrina:
no es el canto del ave marina
que repiten los ecos do quier;

ni la tierna plegaria que elevan
los remeros contritos al cielo,
y que el aura recoge en su vuelo,
agitada de intenso placer.

Menos es el estruendo salvaje
de la ola al tumbarse en la arena,
cuando obscuro los ámbitos llena
de la noche el pesado capuz;

es la voz de algún genio invisible
que en la tarde serena se inspira,
y saluda en su armónica lira
ese manto de sombra y de luz.

¡Salve! ¡Salve! En esta hora bendita,
El espíritu ardiente se lanza
con sus alas color de esperanza
á aquel mundo de luz que soñó;

y tal vez en su orgullo indomable,
dando empuje á su rápido vuelo,
ambiciona escalar ese cielo
donde el Sér su grandeza encerró.

¡Salve! ¡Salve! La tarde se ha ido,
se obscurece el rojizo horizonte,
y la niebla en la cima del monte
va extendiendo su negro capuz.

Del Coquimbo las verdes orillas
medio vela la noche importuna,
y ya asoma en oriente la luna
derramando su pálida luz.

EN UN ALBUM

Joven, hay seres que á la vida nacen
mimados del destino,
y tiernos se complacen
en derramar el bien en su camino.
Viven como las flores que las brisas
agitan amorosas,
porque son paraísos sus sonrisas,
luz y bondad sus almas candorosas.

El huérfano, el que llora,
cuando el dolor acrece y sufre el alma,
buscan en ella sombra protectora,
como el viajero en la frondosa palma.

Tú eres así. Por el dolor ajeno,
correr he visto de tus bellos ojos
lágrimas de piedad y de amargura;
en palidez trocarse los sonrojos
de la tersa mejilla, y de tu seno
escaparse un suspiro de ternura.

Cultiva ese tesoro,
que tal vez ignorado en ti germina:

él vale más que el oro
y es de ventura inagotable mina.
En tus tempranos años
él inspire tus bellas ilusiones,
y al llegar á la edad de las pasiones
ni penas llorarás ni desengaños (*).

(*) Verso del poeta chileno don José Antonio Torres.

CUENTO DE ALBUFEDA

«Dime ¿qué debo hacer antes que muera
para alcanzar el cielo prometido?»
preguntó con acento dolorido
á Mahoma una vieja vocinglera.

«Nada debes hacer, con voz austera
le murmuró el Profeta en el oído,
que lugar tan hermoso y escogido
nunca de la vejez fué madriguera».

Viendo llorar á la infeliz, Mahoma,
movido á compasión, díjole: «Hermana,
truéquese en gozo tu inquietud doliente;

que todo sér al cual la muerte doma,
deja en la tierra la envoltura humana
y joven sube á la mansión luciente».

«¡Aláh bendito sea!
Venga la muerte, suspiró la anciana,
para que joven otra vez me vea!»

EN LA MUERTE DE LA SEÑORA

QUITERIA V. DE BENAVENTE

El árbol majestuoso á cuya sombra
el pobre, como el ave, se albergaba,
dejó ya de existir,
después de haber con su misión cumplido:
llorado por un pueblo agradecido,
¡cuánto es dulce morir!

Un reguero de luz es la existencia
de esos seres creados y nacidos
tan sólo para amar:

mueren, pero dejando un alto ejemplo,
y en cada noble corazón un templo
en donde reposar.

La sublime misión, no siempre fácil,
de la mujer cristiana, en todo tiempo
supo ella comprender,
sembrando entre los pobres con largueza,
al par que sus bondades, su riqueza,
como todo su sér.

Para el hechizo del placer mundano,
para la vanidad y falsa gloria,
su grande corazón

no tuvo un solo albergue aparejado:
vivió para cuidar al desgraciado,
y cumplió su misión.

Por eso fué su postrimer instante
un dulce sueño, halagador presagio
del bello porvenir
que le tenía el cielo apercibido:
llorado por un pueblo agradecido,
¡cuánto es dulce morir!

ABNEGACIÓN

(IMITACIÓN DE SHAKESPEARE)

Cuando, caprichosa ó débil,
quieras, niña, abandonarme,
y tu desdén arrojarme
á la faz del mundo cruel;

yo ocultaré tu perjurio;
yo encubriré tu falsía;
tu liviandad la haré mía;
yo sólo seré el infiel.

Yo combatiré á tu lado
siendo mi propio enemigo;
ya verás cómo consigo
que me llamen hombre vil:

probaré que la inconstancia
la ensayé desde la cuna,
que cual tú no hubo ninguna
más amante, más gentil.

Para despistar al mundo
y hacer más cierta tu gloria,
inventaré alguna historia
que me torne criminal:

todas mis faltas ficticias
pondré en clara transparencia,
y al publicar tu inocencia
haré mío todo el mal.

Luego, cuando haya logrado
alzar muy alto tu nombre,
y que el desprecio del hombre
me persiga, y su rencor;

saborearé las delicias
de mi abnegada ternura,
y en apacible tristura
se cambiará mi furor.

¿Qué me importa que me llamen
monstruo cruel, aborrecible,
si tú sabes que imposible
es que pueda ser así?

¿Qué me importa, si á ti nunca
olvidar te será dado
el sentimiento abnegado
de mi amante frenesí?

Que así soy, que nunca he sido
sino así, de hombre y de niño,
no lo olvide tu cariño
y feliz será mi amor.

Sepa yo que así lo crees,
y al contemplar tu ventura
consolaré mi amargura,
bendeciré mi dolor.

SALVE

Virgen, Madre de Dios, Reina y Señora,
fuente de amor é iris de bonanza,
luz de los cielos, única esperanza
del que padece en este mundo y llora.

Cuando la fresca y suspirada aurora
sus dulces rayos por el cielo avanza,
eleva á Ti su canto de alabanza
mi alma sensible que tu nombre adora.

y en los dulces acordes de mi lira
le repito feliz cuanto me inspira
la virtud de su noble corazón.

Pálido cual tus hojas al instante
se torna emocionado mi semblante
si á verla voy;
tiemblo, como tú tiemblas en la rama,
cuando sus ojos su amorosa llama
dirigen pudorosos donde estoy.

A veces, como tú, también doblego
mi triste frente y al dolor me entrego:
¡Dolor cruel!

¡Amarla tanto, y no poder siquiera
decirle que ella sola es la que impera
como dueña absoluta de mi sér!

Flor olorosa, junco idolatrado,
tú fuiste más feliz, pues á su lado
te viste ayer.
Aun yo no he conocido ese consuelo,
aunque ella es ¡ay! mi prometido cielo,
la encarnación sublime de mi fe.

LA CARIDAD

A aquel que alivia la miseria ajena
sólo aunque sea con un triste pan,
Dios le sonríe desde su alto solio
y su paterna bendición le da.

Nunca á tu puerta el desvalido llame
sin que un consuelo en su aflicción le des:
si no tienes un pan, dale una lágrima;
conozca al menos que te dueles de él.

Jamás el rostro á la miseria esquives,
ni le niegues el habla si te habló:
ser pobre no es un crimen: la pobreza
es una triste herencia, no un baldón.

Bajo del poncho, bajo los harapos
que el aire mece con esquivo afán,
¡cuántas veces un alma humilde y buena
herida por la suerte, oculta va!

No solo el vicio inutiliza al hombre,
el trabajo también, aunque es virtud,
que hay seres en el mundo desgraciados
que jamás han tenido juventud.

De esos desheredados de la vida
el que pide es el menos infeliz:
¡ay! del que alienta con el hambre en lucha
y enmudece su lengua hasta morir!

Ese corre una calle y otra calle,
ese va de un hogar á otro hogar;
quiere pedir un pan para sus hijos
y la vergüenza no le deja hablar.

Ese lleva la risa entre los labios
y la herida en el mismo corazón;
ese es más infeliz que aquel que pide
una limosna por amor de Dios.

¡Caridad! ¡Caridad! Eres rocío
que cambias en oasis el erial;
aduéñate del alma de los buenos
y la miseria esconderá su faz.

SIMPATIA

A LA POETISA ARGENTINA J. G. DE B.

¿Qué importa que otro cielo y otros mares
sean la inspiración de tus cantares,
si ellos reflejan el candor de tu alma?
¿Si en ellos dàs consuelo
á los que evocan su perdido cielo,
á los que lloran su turbada calma?

Canta, y no temas que se burle el mundo
si, en un arranque de dolor profundo,
le dices tu quebranto:

no faltará quien, lleno de ternura,
comprenda tu amargura
y amante acuda á compartir tu llanto.

Así las flores que apartadas crecen
y que las auras de la tarde mecen,
mezclan su aroma en la pradera umbría;
así los astros de la noche obscura
unen su luz en la remota altura
cuando entre sombras desfallece el día.

A MI CABALLO

En horas de cansancio y de tristeza
busco tu compañía,
y admirando tu indómita fiereza
me siento renacer á la energía.

Los montes y las fértiles llanuras
quedan atrás, muy lejos,
mientras mi frente azotan auras puras
y del sol me acarician los reflejos.

¡Vuela, corcel! te grito, acariciando
las crines de tu cuello,
y obedeces alegre, pïafando,
altivo y ágil y cual nunca bello.

Rival del viento, en infernal carrera
devoras el camino,
alzando el férreo callo donde quiera
de negro polvo espeso torbellino.

Y los contrastes de la suerte olvido
con ánimo más fuerte,
soberbio como el ángel descendido
del cielo á los arcanos de la muerte.

Rebosando mi pecho de ternura,
el corazón palpita,
no bien descubro la morada pura
que á los encantos del amor me invita.

Y solitario allí, testigo el cielo,
encuentro en su cariño
cuantos placeres me fingió el desvelo,
cuanto ansió el hombre y anhelara el niño.

Inspira amor su virginal sonrisa,
y en sus rasgados ojos
no sé qué de celeste se divisa
que alegra el corazón y roba enojos.

¡Oh, vuela, compañero, y la distancia
por compasión acorta!
¡Que pronto llegue á la tranquila estancia
donde la vida me parece corta!

Muéstrate dócil, entregando al viento
tu espesa cabellera;
devora los espacios con tu aliento,
que me aguarda mi dulce compañera.

DESPEDIDA

¡Llegó la hora de partir, hermano!
El cielo te conduzca venturoso,
y en tanto abordas el confín lejano
el mar se muestre en perennal reposo.

Abandonas el suelo de tu cuna,
su hermosa luz, su perfumado ambiente:
de la mano te lleve la fortuna
y ella tu joven corazón aliente.

Ensancha la ardorosa inteligencia
en ese suelo que albergó á los grandes,
y harto ya del tesoro de la ciencia,
torna feliz á tus nevados Andes.

EN LA TEMPRANA MUERTE DE LA SEÑORITA

ELCIRA ZORRILLA

Como un recuerdo, de blancas flores
una corona
para tu frente
nítida y pura, tejiendo voy;
para que el ángel de los amores,
que no abandona
las almas bellas,
allá en el cielo
te diga cuánto sufriendo estoy.

Para el que sale de aquesta vida
con la conciencia
de haber cumplido
con sus deberes ¿qué es el morir?
Darle temprano la despedida
á una existencia
que, con los años
triste y caduca,
do todas corren tendrá que ir.

Como, engañado por el miraje,
corre el viajero,
viendo jardines
en los desiertos que el sol quemó;

y, ya cansado del largo viaje,
no halla el otero,
no halla la fuente
de limpias aguas
que el aire vano le fabricó:

Así vivimos, siempre soñando
con los colores
de una esperanza
que aquí se busca y aquí no está;
hasta que luego nos van dejando,
entre dolores,
esos mirajes
falsos que ama
quien ve la tierra, no el más allá.

Mas tú nos dejas entre suspiros,
lágrimas, duelos,
¡que es ¡ay! muy triste
este forzoso y último adios!
Aunque algún día, tras los zafiros
que ornan los cielos,
la fe nos dice
que á los que amamos
encontraremos cerca de Dios.

A los veinte años, la soñadora
mente dibuja
con fuertes tintas
cuadros que nunca vemos llegar;

y tú frisabas en esa aurora
que sobrepuja
con sus hechizos
á cuanto luego
nos da la tierra, nos brinda el mar.

Partes, y dejas hechos pedazos
los eslabones
de la cadena
de amor que á un padre te ataba ayer.
¡Rompe la muerte tan dulces lazos!
tus ilusiones,
evaporadas
como el incienso,
suben al trono del almo Sér.

Yo, que te quise tanto en la vida,
una corona
para tu frente
nítida y pura, tejiendo voy;
para que el ángel que allá te anida,
y galardona
las almas buenas,
te diga cuánto
por ti en el mundo sufriendo estoy.

ZUNILDA

Vedla sentada sobre el blando lecho
como la muda estatua del dolor,
las manos enlazadas sobre el pecho,
sumergida en un éxtasis de amor.

En desorden la blanca vestidura,
algo de sus encantos deja ver:
de su cuello la nítida blancura,
de sus hombros la suave morbidez.

Deshecha en rizos la infantil melena,
cubre sus sienes, que alabastro son,
como velando la sombría pena
que devora su tierno corazón.

Sus grandes ojos que en silencio giran,
sólo buscan el cielo, porque allá,
tras el azul que por romper deliran,
la fe les dice que su amor está.

Su amor, que era la llama de su vida,
que apenas en sus brazos la estrechó,
cuando con mano brusca y homicida
de su seno la muerte lo arrancó.

¡Pobre hiedra, sensible y delicada!
Tronchado el árbol que le dió sostén,
hoy rueda por el suelo marchitada,
fiel al destino de su dulce bien.

¡Sublime enamorada,
como la casta Ofelia del poeta,
como ella desgraciada,
en el albor de sus primeros años
á la pena sujeta
y al torcedor de horribles desengaños!

En éxtasis eterno
su temprana existencia resbalando,
con nimio afán interno

las pasadas escenas de su vida
doliente va evocando,
sin olvidar ninguna en la partida.

Que una tenaz idea
le embarga la razón y la domina:
con ella se recrea,
dándole forma y vida, y en sus brazos
que estrecha, se imagina,
al dulce bien con perdurables lazos.

Y le ve, delirante,
lleno de juventud y de cariño,
y recuerda el instante

feliz del desposorio, cuando tierno
y cándido cual niño,
la juraba ante Dios amor eterno.

Pero luego suspira,
que la espantosa realidad alcanza,
y cadáver le mira:
dobla sobre él su cuello de paloma,
y, ya sin esperanza,
como herida del rayo, se desploma.

El color de la rosa
del rígido semblante desparece,
y pálida y hermosa,

el albo seno sosegado y yerto,
un cadáver parece,
y todos claman en redor: ¡Ha muerto!

Mas nó, no ha muerto... Vive
para el dolor el alma,
y en aparente calma
le late el corazón.
¿Qué vale para ella,
qué vale ya la vida,
si sabe que es perdida
su única ilusión?

Amó desde el instante
que abandonó la infancia,

y amó con la constancia
de que capaces son
tan sólo los que nacen
sensibles, y del pecho
un solo altar han hecho
á su única ilusión.

Eran dos almas bellas
creadas y nacidas
para correr unidas
del mundo la extensión:
dos flores que en un tallo
mezclaban sus aromas,
dos cándidas palomas
en pos de una ilusión.

¡Destino incontrastable!
Terrible la agonía
siguióse á la alegría
de la anhelada unión.
Hermosa y pasajera
fué siempre la ventura,
pues dura lo que dura
un sueño, una ilusión.

Eterna soledad, eterno luto,
y ¿quién sabe? la muerte, la infelice
vislumbra sólo, y una voz le dice
que para siempre la quietud huyó.

Creyó en la dicha, y la miró un instante
brillar sobre su frente nacarada,
y al primer resplandor de la alborada,
la inconsistente luz despareció.

Vivir sin esperanza es imposible,
porque es el aire que respira el alma;
sin ella el corazón, como la palma
que troncha en el desierto el huracán,

se seca lentamente, cual se seca
la hoja que del árbol rodó al suelo.
¡Podre Zunilda! Bienhechor el cielo,
él solo puede consolar tu afán.

ADIOS A ZUNILDA

Voló ya la simpática paloma
de dulces ojos del color del mar,
y el solitario nido se desploma
de los volubles cierzos al azar.

Desde imponente altura miró el cielo,
como atraída hacia el brillante tul,
hasta que alzando su callado vuelo
subió á perderse en el espacio azul.

Quizá vió entre las nubes escondida
alguna amada, celestial visión,
y al eco blando de esa voz querida
no pudo resistir su corazón.

Siete años de pesares, encerrados
dentro del pecho, sin dejarlos ver,
son muchos para seres destinados
á ser felices ó á dejar de sér.

La nostalgia del alma es matadora:
suspira como el cielo por la luz,
y aunque pasa una hora y otra hora,
nunca se rompe el funeral capuz.

Los que la vieron apacible y grave,
ejerciendo la dulce caridad
con rostro humilde, cariñoso y suave,
¿pudieron comprender tanta orfandad?

Tal vez no, que en su faz no aparecía
huella ninguna de dolor cruel,
pero el negro cendal que la cubría,
de su honda pena era el emblema fiel.

Era un alma en el mundo desterrada
desde el instante en que perdió su amor,
y vió la dicha convertirse en nada
de su primera edad en el albor.

Por eso en el instante desgraciado
que coronó su mísero existir,
dijo quizá: «¡Me espera el bien amado!»
y bendijo la hora de morir.

AL SOL DE SETIEMBRE

Cuando mañana, derramando lumbre,
como guerrero de encendida malla,
corones la granítica muralla
que alzan los Andes de nevada cumbre;

ebria de gozo altiva muchedumbre
verás que en gritos de entusiasmo estalla,
y cantos mil para tus glorias halla,
áureo viajero de la azul techumbre.

¡Sol de setiembre! El que alumbraste esclavo
trecientos años, y á tu faz un día
juró ser libre ó perecer cual bravo,

hoy, vencedor en la final contienda,
libre su voz hasta tu solio envía,
y alegre torna á su tranquila senda.

LA VIOLETA

A MI ESPOSA

Bella cuanto olorosa
la violeta del prado,
bajo sus verdes hojas escondida,
deja correr la vida.
No luce de la rosa
los vívidos colores, ni la espina
que la guarda celosa,
ni vive como ella
pagada de ser bella:
modesta cuanto pura,
tranquila vive en su feliz clausura.

Lejos, muy lejos del murmullo insano
que la pasión levanta entre las flores,
no siente de los celos los furores,
ni de la envidia el roedor gusano.
Cada día bendice en el retiro
su vida humilde, sin afán ni duelo,
y si exhala un suspiro,
la gratitud lo arranca y lleva al cielo.

A los vaivenes de la suerte extraña,
en su pequeño mundo se recrea:
el arroyo la baña,
el céfiro la orea.
Y si la fama sus virtudes nombra
y la palma le ofrece,

como á nadie hace su prestigio sombra,
la perfidia enmudece.
Que aunque al bueno lo ensalza
su virtud misma, manantial fecundo
de un bien que no perece,
sólo si la modestia lo realza
le acuerda el premio sin violencia el mundo.

COLON

Con su hijo un anciano peregrino
corría por el campo diligente,
medio inclinada la anchurosa frente,
tostada por el sol y el torbellino.

Triste, abatido por el cruel destino
seca del llanto la benigna fuente,
oía en torno resonar hiriente
la voz de la canalla, en su camino.

«¡Oh, ignorancia! ¡Oh, maldad! dijo el an-
[ciano.
Quizá bien pronto me alzaréis altares,
cuando encuentre en mitad del oceano

«esa tierra que hoy causa mis pesares.»
¡Era Colón que, en su saber profundo,
buscaba un rey á quien dejarle un mundo!

A MI PRIMOGÉNITO

El color de la rosa
le dió á tu rostro el cielo,
y su más puro tinte
á tus ojitos bellos.

Arrancó dos corales
de entre el profundo seno
del mar, y de ellos hizo
tus labios embusteros.

De las marinas conchas
sacó sartales frescos
de perlas, y tus dientes
formó con uno de ellos.

Y al coronar su obra,
de su toque postrero
brotaron los anillos
de tu dorado pelo.

Para animar la hechura
de su divino genio,
le dió una sola chispa
de su alma, amor y fuego.

¡Salve, mil veces salve
el sér á quien Dios tierno
dió espíritu y materia
en un todo perfecto!

A UN JOVEN GUITARRISTA
ARGENTINO

¡Artista, avanza! El porvenir domina,
encadénalo y póstralo á tus pies;
huellen tus plantas olorosas flores,
ciñan laureles tu inspirada sien.

Si el arte es grande, no es menor tu genio;
no hay imposibles para tí jamás;
que tu ardorosa fantasía vuela
con el fiero vigor del huracán.

De un instrumento al parecer ingrato,
un mundo arrancas de armonías tú;
risas y llantos de sus cuerdas brotan
hasta perderse en el espacio azul.

¡Siempre eres grande! De armonías pueblas
el aire que te cerca por do quier,
y hasta en el alma más austera y fría
el fuego que te anima haces arder.

¡Cuán tierna te mimó naturaleza
prodigándote un genio colosal,
grande como las pampas de tu patria,
claro como del Plata es el raudal!

Dulce, espontáneo, caprichoso, bello,
tal es el canto que improvisas tú:
á nadie imitas, cual no imita el ave
que un himno entona á la naciente luz.

¡Artista, avanza! El porvenir es tuyo;
el templo de la gloria abierto está;
¡No te detengas un instante, vuela!
¡Pase tu nombre á la remota edad!

EL ESCLAVO CRISTIANO

¿Por qué ¡infeliz! el que nació mi hermano
me oprime, me maltrata, me encadena,
sin que le mueva mi profunda pena
á ser más noble, liberal y humano?

¿Pudo el Dios de los mundos soberano
hacer libre al león, libre á la hiena,
libre al águila real que el aire llena,
y sujetarme á un bárbaro tirano?

Cuando la luz de la razón mi mente
iluminó con fúlgidos destellos,
me enseñaron á amar á un Sér clemente:

Sér que alivia y consuela á los que lloran;
pío, sublime Sér... ¡Bien cumplen ellos
con los mandatos de ese Dios que adoran!

MARÍA

Ufana siempre y ligera
cruzas, María gentil,
la verde, extensa pradera,
mientras el ave parlera
ensaya armonías mil.

Cruzas el valle cantando
á tus hermanas, las flores
que mece el céfiro blando,
en tu inocencia ignorando
las penas y los dolores.

¿Tu origen?... ¡Sábelo el cielo!
¿Tu patria?...Es aquel vergel,
por donde un limpio arroyuelo
lleva su linfa de hielo,
que nunca imitó el pincel.

Ignoras que eres hermosa,
que tu labio es un rubí
y tu mejilla una rosa,
y que hay encerrada en tí
mucha esencia voluptuosa.

Ajena á toda ambición,
no sientes ningún pesar
que agite tu corazón,

y crees que tu misión
es la del ave: cantar.

El mundo nada te ha hecho,
y hasta ignoras que hay un mundo
fuera del vergel estrecho
donde, con rostro jocundo,
ves dilatarse tu pecho.

Porque vives alejada
de las ansias del amor;
porque en tu faz sonrosada
aun no has visto retratada
la palidez del dolor.

No ha vislumbrado hasta ahora
ese mundo tu existencia;
mas, tiembla de aquella hora
en que víbora traidora
siga el rastro á tu inocencia.

Entonces, si un labio impío
murmura á tu oído amores,
recházale con desvío,
y vuelve pronto, ángel mío,
á tus cantos y á tus flores.

A ELISA

Ave del bosque, de canto suave,
deja tu nido, ven á escuchar
los dulces trinos que ensaya otra ave
á las orillas del ronco mar.

Para que puedas llegar á donde
ella entre flores su nido alzó,
busca á la Fama, que ella responde:
«¡Elisa habita donde estoy yo!»

Mas, si otra prueba tu empeño anhela,
si algo muy bello quieres oir,
despliega el ala, y ansiosa vuela
hacia ese templo que ves allí.

Su teatro es ése, y ése es su nido,
y allí es donde ella debe cantar:
todos le prestan atento oído,
pues sabe á todos esclavizar.

Allí recogen su voz de cielo,
las almas tiernas con avidez,
que al que padece le da un consuelo,
y al que es dichoso, nuevo placer.

Tanta dulzura, tanta armonía,
sentir se puede, mas no expresar:
es una atmósfera de poesía
que sólo brota donde ella está.

¡Ah! Los jardines no tienen flores;
todas rodaron bajo sus pies;
y las coronas de mil colores
ciñen hermosas su altiva sien.—

Ave del bosque, de canto suave,
deja tu nido, ven á escuchar
los dulces trinos que ensaya otra ave
á las orillas del ronco mar.

LA MUERTE DE LAUTARO

Del Mataquito en la feraz orilla
reina la noche, y en su campo vela
de Arauco el avanzado centinela,
Lautaro, el enemigo de Castilla.

Quizá en los brazos del amor se humilla,
ajeno á la traición que ni recela:
de ella Villagra se aprovecha, y vuela,
no bien el alba en el oriente brilla.

Cual no esperada lluvia de verano,
sobre el dormido campo cayó fuerte
por la vendida senda el castellano.

Tarde Lautaro su destino advierte:
salta á la lucha, pero salta en vano,
que el primer dardo le llevó la muerte.

ROMANCE

¿Qué buscas, niña, á estas horas
en este apartado valle?
¿No ves que la noche llega?
¿No ves que ha huído la tarde?

¿Y por qué, cuando tus ojos
me vieron, entre esos árboles,
trocáronse en azucenas
las rosas de tu semblante?

¿Qué temes? ¿O acaso ignoras
que en pecho hidalgo no caben
sentimientos que desdigan
del casto pudor de un ángel?

Si buscas flores, las flores,
niña, con la aurora nacen,
que al beso de la mañana
sólo sus pétalos abren.

Triste estás... ¿Por qué? En tus ojos
el fuego del amor arde,
y aun no obscurecen tu frente
las sombras de los pesares.

Ayer mismo, bien me acuerdo,
en los lindes de tu parque,
corrías cual cervatillo,
llena de gozo y donaire.

Y hora, cabizbaja y muda,
cual si estuvieras delante
de un juez adusto, desvías
de mí tus ojos...—No en balde

pasan los años: comprendo
la causa que aquí te trae,
á ser víctima inocente
de juramentos falaces.

Torna al hogar, niña mía,
y gracias al cielo dale
de que en tu frente sus labios
aun pueda posar tu padre.

EN LA TUMBA

DE

DON BRUNO LARRAIN

¿Por qué al eco doliente
de la campana fúnebre ha corrido
la multitud presente?
¿Qué sér ha descendido
á las regiones del eterno olvido?

Era de un pueblo el servidor honrado,
prudente mandatario y fiel amigo,
de la indigencia bienhechor abrigo,
un noble y generoso corazón.

Era un anciano, vencedor del tiempo,
que ayer se alzaba denodado y fuerte,
y que hoy, herido por impía muerte,
baja á la obscura, sepulcral mansión.

Fué existencia de lucha su existencia;
hondos pesares devoró en su seno;
pero del odio al corruptor veneno
no dió en su pecho entrada ni lugar.

Amó á su patria, y si vertió por ella
amargo llanto de dolor prolijo,
el llanto mismo que vertió bendijo,
y ofrenda fué que consagró en su altar.

¡Feliz el que en el suelo
deja un dulce recuerdo á su partida,
y que al tender el vuelo
á la región del cielo,
sabe que allá le aguarda eterna vida!

CERRO—GRANDE

A MI HIJO ALFREDO

Solitario en la llanura,
coronando inmensa altura,
Cerro—Grande,
atalaya siempre en vela,
¿eres acaso del Ande
avanzado centinela?

¿O eres la torre encantada,
de los duendes vil morada,

donde el oro
aun sigue el hombre buscando,
sin hallar nunca el tesoro
con que siempre está soñando?

De verde pompa desnudo,
el *quisco* agreste y agudo
sólo crece
en tu abrupta, inmensa falda,
pero á tus plantas se mece
todo un campo de esmeralda.

Desde tu cima empinada,
donde la niebla exhalada

de la Vega
se aglomera tempestuosa,
se ve cómo bulle y juega
la mar, siempre majestuosa.

Y las riberas del río
Coquimbo, que ayer sombrío
creció tanto,
que entre su turbia corriente
llevó el luto y el espanto
al hogar del indigente.

No eras ayer conocido,
mas te salvó del olvido

la memoria
de aquella lucha crüenta
que de nuestra patria historia
las páginas ensangrienta.

Yo no he de evocarla empero,
que otras memorias prefiero
ya olvidadas:
tan puras como el armiño,
yo las contemplo enlazadas
con mis recuerdos de niño.

Cuando el signo del cristiano,
puesto por piadosa mano,

en la cumbre
del monte aquel se veía;
tuvo el pueblo una costumbre
de muy dulce poesía.

No bien el revuelto mayo
con su sol de tibio rayo
disipaba
la niebla en el horizonte,
alegre el pueblo trepaba
hasta la cima del monte.

Y ornando la cruz aquella
de inmensa guirnalda bella,

sin tardanza
la multitud disponía
la alegre y sencilla danza
que era el festejo del día.

La noche, al sueño dispuesta,
no interrumpía la fiesta:
los cantares
seguían hasta la aurora,
á la luz de los *chaguares*
y al són del arpa canora.

Y así, de padres á hijos,
esos tiernos regocijos

se siguieron:
la cruz los cierzos troncharon,
y los que después vinieron
nueva cruz no levantaron.

Ya nadie volvió á la cumbre,
que se perdió la costumbre
de ir á ella;
y hoy día, trasgos y enanos
habitan la cima aquella,
como allá en tiempos lejanos.

Y olvidado hubiera el hombre,
Cerro-Grande, hasta tu nombre,

sin la historia,
como pocas desgraciada,
cuya siniestra memoria
guarda la patria enlutada.

CANTO DE UN PESCADOR

Nacido á orillas del oceano,
crecí arrullado con su rumor;
así de niño, como á un hermano,
al oceano
le tuve amor.

Con su murmurio cogía el sueño,
me despertaba con él también,
que es ese canto como un beleño
que fácil sueño
trae á mi sien.

Siempre recuerdo la vez primera
que enfurecido rugir le oí:
todo era espuma por la ribera
la vez primera
que así le vi.

Manto de armiño de alguna ondina
que era esa espuma me figuré,
y que no es sueño, se me imagina,
que vi la ondina,
que la escuché.

Erguida un día sobre una ola,
con voz muy dulce me dijo así:

«Me encuentro triste, porque estoy sola;
ven con la ola
cerca de mí».

Y arrebatado por ese acento,
presa de extraña fascinación,
lancéme al raudo, fiero elemento,
tras ese acento
de seducción.

Iba á tocarla ya con la mano,
iba mis sueños á realizar,
cuando la pérfida, con vuelco insano
y férrea mano,
me hundió en el mar.

La misma ola que me llevara,
luego á la orilla me hizo volver:
el cielo quiso que no me ahogara,
ni me llevara
la ola-mujer.

AL MALOGRADO CAPELLÁN DE EJÉRCITO

FRAY JOSÉ M. MADARIAGA

Cuando á la Patria la agresión cobarde
en ancho campo la retó á morir,
al primer eco del guerrero alarde
sintió en su pecho el patriotismo hervir.

No fué el postrero en ofrecerse el día
que oyó la diana que sonó el tambor,
que en frágil vaso, al parecer, ardía
toda una hoguera de sublime amor.

Mas, no pudiendo manejar la espada,
como ministro de un Señor de paz,
fué providencia, y en la lid porfiada
él, como todos, no esquivó la faz.

Atrás dejando el venerable asilo
do ejemplo fué de patriarcal virtud,
por donde quiera se le vió tranquilo,
siempre guiando á la legión del sud.

En los desiertos estampó su huella,
y el eco agreste repitió su voz:
¡Siempre adelante! Sin sentir la mella
de la fatiga y de la sed atroz.

Y en el combate le encontró el soldado
firme, entusiasta, como siempre fué,
dando consuelo al que cayó arrojado,
con blando acento de sublime fe.

Al que tan alto le alumbró el destino,
al que la bala respetó tenaz,
ingrato clima le cerró el camino,
y hoy duerme el sueño de la eterna paz.

Hoy es la fuente que á beber convida
el santo ejemplo que exaltó el deber,
le pidió Chile, con su amor, la vida,
y amor y vida le corrió á ofrecer.

Tal es la breve cuanto hermosa historia
del monje humilde que voló al Señor:
vivió bastante para honrar su gloria;
poco, mui poco para nuestro amor.

1880

LA NOCHEBUENA

No vengo como vienen
los trovadores,
á cantarte á la reja
dulces amores,
niña graciosa,
ni menos á decirte
que eres hermosa.

Tampoco á darte quejas
lloroso vengo;
de ti recuerdos gratos
tan sólo tengo:
flor de azucena,
vengo para decirte
que es Nochebuena.

Como nevado cisne
en su laguna,
pasea por los cielos
la blanca luna,
y su luz rueda
por entre las acacias
de la alameda.

Del mar, la suave brisa
trae el arrullo.
¿No oyes, niña, en la calle
cuanto murmullo
alegre suena?
Es que celebra el pueblo
la Nochebuena.

Si vieras cómo triscan
cual cervatillos,
asidos á sus madres,
bellos chiquillos,
mientras sus ojos
buscan el lindo objeto
de sus antojos.

Si vieras cómo todos
van al paseo;
cómo ruedan las horas
entre el jaleo,
te diera pena
el estarte encerrada
la Nochebuena.

Donde una voz modula
cantos de amores,
como enjambre de abejas
que buscan flores
llega en corrillo
el pueblo, siempre bueno,
siempre sencillo.

¡Con qué contento aplaude
la alegre danza!
¡Cómo se le abre el pecho
á la esperanza!
¡Cómo le llena
el alma y los sentidos
la Nochebuena!

De rosas y claveles
cestos colmados,
esparcen los aromas
más regalados,
y los jazmines
parece que han huído
de los jardines.

La sazonada fruta
se ofrece ahora
á la boca bermeja
que la devora.
Noche serena,
no en vano te han llamado
la Nochebuena.

Y hoy que á todos concita
la alegre viola,
¿querrás tú, indiferente,
quedarte sola?
No, niña mía,
que es la belleza hermana
de la alegría.

Cesen ya los recelos
con que batallas,
que tus ojos me dicen
lo que tú callas,
y ellos, morena,
saben cuánto te gusta
la Nochebuena.

A GERTRUDIS

Como la golondrina en primavera
tiende sus alas hacia el patrio nido,
así tú, en busca del hogar querido,
nos abandonas hoy.

Y yo, como un amigo desdichado
que mira con dolor esa partida,
en la hora más amarga de mi vida
te envío un tierno adiós.

¡Haberte conocido un solo instante
para supremo bien del alma mía,
y, ave de paso, al fenecer el día
verte luego partir!...

Tú, que sensible, cariñosa y buena
viertes do quiera celestial consuelo,
no olvides ¡ay! este remoto suelo,
¡no te olvides de mí!

LA RAMERA

I

«Mío es el mundo porque soy hermosa,
la belleza domina el corazón;
son mis mejillas de color de rosa,
mis frescos labios dos corales son.

»Hallo sonrisas donde quier que giro
mis verdes ojos, verdes como el mar,
y al más indiferente algún suspiro
mi inquieta juventud sabe arrancar.

»Nadando en la opulencia va mi vida·
se cumplen mis caprichos como ley·
y el oro nunca falta en la partida,
arrebatado á mi sumisa grey.

»La envidia soy de las demás mujeres;
su odio de hiena lo han hincado en mí:
¡Yo las desprecio! ¡Infortunados seres,
cuyo estéril afán no comprendí!

»Huérfana soy, y un día por el mundo
con el llanto imploré la caridad;
rieron ¡ay! de mi dolor profundo,
y escarnio vi donde busqué piedad.

»Corrí á una fuente cristalina y pura
que allí el destino me ofreció tal vez,
y el contraste palpé de mi hermosura
con mi sucia y mezquina desnudez.

»Alcé los ojos al azul del cielo,
bello, muy bello con su ardiente sol,
y aspiré el aura, que en su fácil vuelo
besó mi frente y mi mejilla oreó.

»Pero de pronto, un súbito desmayo
anonadó mi enflaquecido sér,
hirió mis ojos deslumbrante rayo,
y niebla obscura me envolvió después.

»Al despertar halléme en un banquete
con otras cien bellezas de mi edad,
y al hombre vi, de la pasión juguete,
humillarse á mi loca voluntad.

»Y dije: ¡El mundo es mío! ¡Soy hermosa:
la belleza domina el corazón;
coral mi labio, mi mejilla rosa;
no soy mendiga, que una reina soy!»

II

¡Pobre mujer, mil veces desgraciada
¡Lirio del valle marchitado al sol!
Deshojó su corola inmaculada
de su primera edad en el albor.

Quizá un perjuro la mintió cariño,
y ante sus ojos dibujó un edén,
y su seno, más puro que el armiño,
con falso halago envenenó tal vez.

Fuele funesto el dón de la hermosura;
su ardiente fantasía la perdió;
y sin guía, marchando á la ventura,
en un abismo al despertar se halló.

Lisonja ingrata la siguió do quiera,
y en copa de oro le brindó el placer;
perdió su nombre y se llamó *ramera*,
escarnio y vilipendio de su sér.

¡Triste, infeliz mujer! ¡Ay! ¿Quién no sabe
que en honda sima á sepultarse irá,
cuando su gracia la vejez acabe,
y el mundo le repita: «¡Basta ya!

«Que siento helado tu desnudo seno,
y hay una cana en tu marchita sien;
la mesa del festín rodó hasta el cieno
y sólo del licor queda la hez.»

EL SANTA LUCIA

MÚSICA DEL MAESTRO MANFREDI

Que otro cante, si lo admira,
al que un día vió su acero
tinto en sangre del guerrero
que al palenque le retó:

este canto sólo inspira
el que en rocas escarpadas
los jardines de las hadas
con su genio levantó.

¿Qué era ayer Santa Lucía?
Un agreste cerro aislado;
la guarida do el malvado
ocultaba su botín.

Pero la alta fantasía
de aquel genio poderoso,
con aliento de coloso
lo ha trocado en un jardín.

Crece altivo el limonero
en sus amplias alamedas,
y las auras soplan ledas,
perfumadas de azahar.

Cada roca es un otero
de verdura y de colores,
y hay perdida entre las flores
una ermita con su altar.

De sus peñas brotan fuentes
y cascadas rumorosas,
y en las grietas nacen rosas
que derraman suave olor.

Horizontes esplendentes
se dilatan por do quiera:
la nevada cordillera,
la campiña y su verdor.

A los rayos de la luna,
en las noches del estío,
al peñón trepa con brío
bulliciosa multitud:

¡Cuánta vida allí se aduna!
Con el arte, la belleza;
el valor y la nobleza
con la alegre juventud.

Las reliquias del pasado,
los progresos de la ciencia,
con activa inteligencia
recogidos allí están.

Allí el arte ha derramado
los tesoros de su lumbre,
y ha subido hasta esa cumbre
los prodigios de su afán.

La piedad del Castellano
le dió nombre há tres centurias,
y del tiempo las injurias
por tres siglos resistió:

previsora y fuerte mano
su destino cambió un día,
y la roca abrupta y fría
en edén se transformó.

¿POR QUÉ ESTÁS DONDE ESTÁS?

Si de tu pecho la ternura muestra
tu sereno mirar,
velado algunas veces por las lágrimas,
¿por qué estás donde estás?

Si tu acento es un ritmo cadencioso,
dulce como el trinar
del canoro jilguero entre los árboles,
¿por qué estás donde estás?

Si en tu explayada frente no diviso
esa huella tenaz,
hija del devaneo y sus desórdenes,
¿por qué estás donde estás?

Si en la torpe alegría en que te meces
muestras aquella paz
digna de la morada de los ángeles,
¿por qué estás donde estás?

¡Pobre paloma blanca! No lo digas,
que lo comprendo ya,
ni me hables del pasado, ni del vértigo
que te llevó do estás.

Lo que salió del lodo [illegible] vu
lo más noble y vivan
como la perla en el fangal, sin
aun brilla, donde est

¿lo comprendiste así?.. ¡Tal
lo he creído, al mira
el hondo alejamiento de tu esp
del lugar donde está

¡[illegible] acogida herm
¡Busca la claridad
[illegible]
[illegible]

MISIÓN DEL POETA

Al eco blando de la dulce lira
se humaniza del mundo la rudeza,
y la fuerza moral, en la belleza
y en la ternura de un ideal se inspira.

Si el amor patrio lánguido suspira,
se levanta un Tirteo, y su grandeza
despierta el ansia de marcial proeza,
y la patria su honor en salvo mira.

Ese dón de los cielos, transmigrado
á la mente de un sér, más que el acero
por la gloria del mundo ha trabajado.

¡Bien se dolía el macedón guerrero
de no haber sus hazañas realizado
allá en los tiempos del divino Homero!

FÁBULA

Había en la vecindad
donde Juanito vivía,
un gozquejo, que venía
diariamente a su heredad.

Y al cabo, Juan, como niño,
á fuerza de acariciarlo,
dió en la manía de amarlo
con indecible cariño.

No se podía pasar
un solo instante sin él,
y el maldito del lebrel
no se hacía de rogar.

Pues tan regalada vida
el niño daba al mastuerzo,
que le entregaba su almuerzo
y parte de su comida.

Y aunque el muchacho, la cola
tirase al perro, ó la oreja,
él, sin lanzar una queja,
dejaba rodar la bola.

Y á tal extremo llegó
su fina correspondencia,
que por la nueva querencia
su propia casa dejó.

Su madre á Juan le decía:
«No te entregues al mastín,
que así como á su amo, al fin
te ha de pagar algún día.

«Échalo pronto al olvido
y te ahorrarás un mal rato,
que el cariño de un ingrato
es un cariño mentido.»

Pero el niño, que prudente
no encontraba este consejo,
acariciando al gozquejo
proseguía indiferente.

Cierto día se olvidó
de darle el diario alimento,
y el mastín en el momento
la querencia abandonó.

Perdiendo Juan el sosiego,
lloroso y arrepentido
de su involuntario olvido,
lanzóse en su busca luego.

Lo halló, y con palabras tiernas
a su casa lo invitó,
pero el perro se alejó
con la cola entre las piernas.

Los niños son imprudentes:
quiso seguirlo atrevido,
pero el perro dió un gruñido
y hasta le mostró los dientes.

Con el alma hecha pedazos,
presa de dolor prolijo,
el niño á la madre dijo,
al refugiarse en sus brazos:

«¡Madre, renegó de mí,
porque una vez, que lo siento,
olvidé darle el sustento
que tantas veces le di!»

«¡Hijo de mi corazón,
la madre le dijo luego,
que nunca olvides te ruego
esta severa lección!

«Pues ya lo dijo un refrán
de sabiduría lleno:
«quien da pan á perro ajeno,
«pierde el perro y pierde el pan.»

EN EL ÁLBUM DE DELIA

Delia, bien sabes que te he quèrido
con toda el alma y el corazón,
y aunque alejados hemos vivido,
ni tú has podido
darme al olvido,
ni menos yo.

Al dedicarme la hoja primera
de tu álbum bello, me haces feliz,

pues es la prueba más verdadera,
mi lisonjera,
de que sincera
pensaste en mí

Justo es recuerdes al que tu infancia
entre sus brazos supo arrullar;
al que aunque lejos fijó su estancia,
con su constancia
de la distancia
supo triunfar.

Justo es que premies al que, sincero,
tus bellos triunfos vaticinó;

al que más tarde, tu placentero
canto primero,
no fué el postrero
que celebró.

Fresca conservo tu deliciosa
noche de estreno, y el teatro aquel,
en que, de mirto, laurel y rosa,
lograste hermosa
corona honrosa
para tu sien.

Que de tus glorias, tierno capullo,
vive anheloso mi corazón,

y si de un *¡hurra!* va á ti el arrullo,
ese murmullo
con noble orgullo
recojo yo.

APÓLOGO

A UNA MADRE

La moral de esta historia
no la borres jamás de la memoria.

Joven un árbol era,
y frutos para tiempo no lejano
su grande desarrollo prometía,
pues con próvida mano
y cariño de madre verdadera
la tierra lo nutría.

Ya su delgado tronco,
de naciente ramaje revestido,
al cierzo helado que silbaba ronco
resistencia oponía decidido.
Y si, por tierno, de olorosas flores,
del fruto mensajeras,
no lucía los vívidos colores,
avecillas medrosas y parleras
ya habíanlo elegido
para sostén de su pajizo nido.

Con el pretexto vano
de hacerle producir fruto temprano,
y admirar á la gente
con la precocidad más sorprendente,

su dueño, con las leyes de natura
rompiendo, al débil arbolillo apura,
y con tanta rudeza
perfora su corteza,
que, sin rendirle el primicial tributo
de su anhelado fruto,
exhaló al fin el infeliz la vida,
de horrible ingerto por la abierta herida.

A LA BARONESA DE WILSON

Cantora de los valles de Granada,
¡qué bien hiciste al entregarte al mar,
arrostrando las iras del Atlante
para darnos el ósculo de paz!

En nombre de la gloria te presentas
á nuestro dulce y bendecido hogar,
y en nombre de esa gloria te acatamos,
cual iris que siguió á la tempestad.

¿Supo acaso tu patria que venías
de América á correr por la extensión,
y quiso convertirte en la paloma
que al arca con la oliva se volvió?

Tu espíritu animoso va cumpliendo
con noble empeño su gentil misión:
la mujer cautivando con sus gracias,
seduciendo la musa con su voz.

Para cantar las ínclitas proezas
de Cortés, de Pizarro y San Martín,
¿qué pluma más gallarda y delicada
que la del cisne que meció el Genil?

Nuestros bosques y ríos, y esos Andes
á que no encuentra la mirada fin,
transmitirán á tu alma sus grandezas,
y á tu paleta sus colores mil.

Tú nos dirás con sencillez sublime
lo que sintió el marino genovés
al ver surgir de entre las ondas bravas
el mundo nuevo que su sueño fué.

Y las tristezas de Bolívar, cuando,
ceñida en lauros la gloriosa sien,
sobre su frente la calumnia impía
menguadas sombras pretendió atraer.

Cantora de las *Perlas* y de *Alfonso*,
y del mártir sublime de la *Cruz*,
grande es la empresa, y porque es grande, digna
de que con bríos la acometas tú.

¡Que el genio alado que meció tu cuna,
y que te dió más tarde su laud,
guíe tus pasos, y tu frente bañe
con los regueros de su hermosa luz!

ARTURO PRAT

Murió para vivir eternamente
asentado en el templo de la historia,
á la patria legando una memoria
como ninguna heroica y eminente.

Salvó de un solo paso la esplendente
cumbre inmortal, á tantos ilusoria,
y hoy ilumina a Chile tanta gloria,
que sobra para darle al Continente.

el mar, si en el furioso embate
terrible y desigual combate,
nave del abismo al seno,

de su puente el vencedor navío
espantado sucumbir con brío:
tanto alcanza el corazón chileno!

EN EL ÁLBUM DE BLANCA

Blanca, yo vengo de una tierra hermosa
que acarician las auras, siempre llenas
de los perfumes de clavel y rosa,
de mirtos, trinitarias y azucenas.

Donde toda morada es un boscaje
que el árbol tropical siempre embalsama;
donde la golondrina su hospedaje
constante arraiga y en quietud le ama.

Allá no hay cierzos del helado invierno,
y el sol no abrasa, que á vivir convida,
mientras el mar con su cantar eterno
mece las horas de la amable vida.

Bajo esa rica atmósfera, cargada
de la más pura y voluptuosa esencia,
germina hasta la flor más delicada,
sin que el arte le preste su asistencia.

Perdido en ese bosque de verdura,
un pueblo vive de esforzados seres,
famoso por su historia y su cultura
y la dulce beldad de sus mujeres.

Desde ese oasis junto al mar creado,
por los arrullos de ese mar mecido,
al encontrarme, Blanca, transportado
al pie del Ande donde tú has nacido

bajo el más limpio y azulado cielo,
me abismo en la nevada cordillera,
y en la esmeralda eterna de este suelo
donde la gracia sin rival impera.

Y el que creía en sus risueños lares
tenerlo todo, Blanca, ha comprendido
que debe echar incienso en tus altares,
que le recuerdan á su hogar querido.

DEL PETRARCA

Soneto XXIV de las *Rime in morte di Laura)*

Los dulces ojos que canté ferviente,
la mano, el brazo, el pie, y aquel hermoso
perfil, que, si quitábanme el reposo,
me elevaban del vulgo de la gente;

los bucles de oro puro y reluciente,
el rostro angelical y esplendoroso,
que hacían de la tierra un delicioso
edén, hoy todo es polvo que no siente.

Y aliento aún, y sufro porque aliento,
extinguida la luz que amaba tanto,
en frágil barco y á merced del viento.

¡Sea éste, Amor, mi postrimero canto,
que muerta ya la inspiración presiento
y la lira mojada con el llanto!

PRÓLOGO

A LOS ARTÍCULOS DE COSTUMBRES DE MANUEL CONCHA

Atravesamos bonancibles tiempos.
El mar de la política, tranquilo
sus olas riza, y con murmullo suave
la playa besa, trovador cautivo.
La nave surca las cerúleas ondas,
lanzado al viento el resistente lino,
y no teme el escollo, ni el violento
soplo del austro, á la sazón dormido.
El ardor insaciable de progreso
que bulle por do quier, se abre camino;

aquí una choza se trocó en palacio
al duro golpear de cien martillos,
y allá, sobre la cumbre de los Andes,
se tienden fuertes, misteriosos hilos.
Aquí los montes horadados gimen;
allá, salvando caudalosos ríos,
sobre líneas de hierro osado vuela
el más raudo coloso de los siglos.
Y aquí y allá, la caridad del justo
brinda al dolor y á la orfandad asilos,
templos á Dios, á la niñez escuelas,
y á la enfermiza ancianidad, abrigo.

¡Cuál se derrumba el coloniaje obscuro
tras un largo reinado de tres siglos!

La fiebre del estudio ya despierta
en la dormida juventud el brío,
y, fundiendo la nieve que la oprime,
llega á la imprenta y se derrama en libros.
Del fatídico ayer, hoy nos separa
un fuerte muro, un insondable abismo,
y en el claro horizonte se divisa
el que aguardamos, porvenir bendito.
Como vuelan las nubes apiñadas
al empuje del raudo torbellino,
libre dejando el azulado espacio,
antes obscuro, y misterioso y frío,
tal la preocupación, niebla más densa,
funeraria mortaja del espíritu,
á la luz de la ciencia desparece
en las hondas cavernas del olvido.

Atravesamos bonancibles tiempos.
Esas, que lanza con discorde grito,
mil hojas de papel, la imprenta activa,
no son hojas del árbol mortecino
que el otoño desnuda, por el suelo
su ropaje de gala echando impío:
ellas la luz de la verdad derraman,
y, nuevo sol de resplandores vivos,
la choza invaden que guarece al pobre
y el regio alcázar que solaza al rico.
Ellas los cantos del poeta llevan
al alma del que sufre y busca alivio,
como llevan las auras juguetonas
del ruiseñor los inspirados trinos.
Canta del héroe las hazañas, dice
del mártir generoso el sacrificio,

y á la modesta frente de los sabios
ciñe coronas de radioso brillo.
Esa es la prensa, la palanca es ésa
con que, en sus horas de febril delirio,
soñaba el genio remover el mundo
y dilatar su nombre en otros siglos.

Recoge, amigo, las volubles hojas
en que, ensayando el látigo del crítico,
fustigaste ridículas costumbres,
restos quizá del coloniaje antiguo.
Tú que has amado el arte por el arte,
ajeno al lucro de comercio frívolo;
que sin lucir indignación mentida,
con risa alegre combatiste el vicio,

perseverar en el camino debes
que supiste elegir con tanto tino,
é iluminar tus cuadros, como Diógenes,
siempre con la linterna del ridículo!

A LA SERENA

A mi hijo Luis

A la ley soberana del progreso,
ley justiciera cuanto noble y santa,
deben los pueblos erigirle altares
y su nombre invocar en sus plegarias.

Ella nos grita sin cesar *¡exelcior!*
con misteriosa voz que llega al alma,
y conmovido el corazón, entona
el himno soñador de la esperanza.

Y los que fueron páramos, desiertos
jamás hollados por humana planta,
se tornan en jardines suspendidos,
cual los famosos que la historia ensalza.

Las semillas lanzadas á los campos
el tiempo en bosques de verdura cambia,
donde las aves plácidas anidan
y el himno eterno del amor ensayan.

Amontonando piedras alza el hombre
el techo de su hogar, y allí la casta
esposa eleva á su virtud un templo,
que el llanto á veces del dolor consagra.

***

Pero tú, mi poética Serena,
jardín de flores, nido de las gracias,
baluarte de indomables luchadores,
á la orilla del mar duermes ufana.

¡Duermes, sí, duermes!... Ni jamás despiertes,
si has de ver cómo vuelan de tus playas
los tesoros ingentes, arrancados
con titánico esfuerzo á tus montañas.

Duerme más bien, para no ver cómo, aves
bajo tu cielo de zafir criadas,
renegaron de tí, y en otro suelo
alzaron regio, pintoresco alcázar.

Duerme más bien, para no ver en ruinas
cuanto el genio más noble de mi patria
quiso dejarte, y que trocó en escombros
la torpe incuria que insolenta se alza.

¡Mas, nó: debes velar! Porque el pasado
de memorables, ínclitas hazañas
y lealtad ingénita, que hoy día
como baldón te arrojan á la cara,

velar te ordena, hasta mirar cumplido
el noble sueño que acaricia el alma,
y ver el cielo más azul, cual siempre
luce, después que la tormenta pasa.

***

Pueblo que nunca se durmió en el ocio,
ni la vida miró como una carga,
y libre como el aire, entre las breñas
sorprende los tesoros de mañana,

busque en la unión restauradores bríos,
y ellos despierten las dormidas alas
que han de llevarle al porvenir soñado
en las horas de fiebre y de esperanza.

Gota á gota se forman los arroyos
que las andinas cumbres nos regalan
para vestir al aterido campo
su verde, hermosa, perfumada saya.

¡Lucha, Serena! Que el común empuje
obra con el poder de la palanca,
y, al amor de los tuyos, como Lázaro,
sacudirás un día la mortaja.

A MI HIJO MANUEL

DE EDAD DE TRES AÑOS

Como riza el cristal de la laguna
el ala de la alegre golondrina,
así pliega tus labios purpurinos
la más hermosa y plácida sonrisa.

Como el rayo de sol rompe en cambiantes
si entre las olas de la mar se agita,
tal centellean tus pequeños ojos
si los anima angelical sonrisa.

¡Hijo mío, mi amor, lazo bendito
de dos seres que se aman, y cultivan
un tesoro de amor dentro del pecho
para pagar tus infantiles risas!

¡Cuál se desvela el alma, meditando
en lo que ha de venir, cuando sencilla
tu noble juventud el mundo surque
con fe de niño y varonil sonrisa!

¡Ojalá entonces, evitando cauto
los dorados escollos de la vida,
tan pura logres conservar el alma
como hoy se muestra en tu inocente risa!

A LA ORILLA DEL MAR

A mi hermano Francisco

Desde la ingente roca en que me asiento,
te admiro, mar bravío,
cuando tu bronco y poderoso acento
hasta mí llega con salvaje brío.

Ya te abalances con terrible empuje
contra la dura peña,
cual hambriento león que airado ruge
al no alcanzar la presa que le empeña;

ó alces montañas de revuelta espuma
de tu salado lecho,
montañas que se besan con la bruma
que vaga en alas de aquilón deshecho:

¡No me acobardas, mar! Que no me espantan
tus olas altaneras,
cuando en las rocas su furor quebrantan,
como rebaño de salvajes fieras.

Porque ese ruido lo escuché de niño
y me adurmió en la cuna,
y en la edad de los sueños como armiño,
surqué tu helada superficie bruna.

Cuando tranquilo estás, en tu elemento
se mece quieta el ave,
y á lo lejos, henchidas por el viento,
sus lonas tiende la velera nave.

Grande también en medio de tu calma
y soledad inmensa,
en tu contemplación se abstrae el alma,
y en Dios y en lo Infinito sólo piensa.

Que tú reflejas el excelso brío
del que nacer ha hecho
universos sin fin en el vacío,
y algas y peces en tu informe lecho.

Sólo ante su poder inmenso abates
tu indómita pujanza,
y calmas el furor de tus embates
cuando su voz hasta tu seno alcanza.

¡Oh mar, te adoro! La altivez admiro
de tus soberbias olas,
y del loco bullicio me retiro
para abismarme en tu grandeza á solas.

Eres libre y feliz, sin que un tirano
tu destino encadene,
y sólo besas la potente mano
de do esa misma libertad te viene.

En tus bellas, inmensas soledades
he gustado la calma
que es imposible hallar en las ciudades,
donde entre muros languidece el alma.

Por eso, mar, en tus orillas vengo
á meditar á solas,
y del sombrío tedio el mal prevengo
al admirar tus espumosas olas.

A LA MEMORIA DE HORTENSIA

Tú, que debiste llegar
la primera á nuestro hogar,
tan distante te has quedado,
que es en vano irte á buscar
al mismo sepulcro helado,
porque ni allí te han de hallar.

Que era el sér de tu hermosura
el alma, no la envoltura

que al morir legaste al suelo,
inocente criatura;
y el alma, que es dón del cielo,
no cabe en la sepultura.

A ese cielo pedí yo
la hija que me negó,
y en tí soñé poseerla;
mas, fuí el buzo que arrancó
del fondo del mar la perla,
y al regresar la perdió.

Mi labio no es embustero:
tuve por ti amor sincero,

que espontáneo nació en mí,
desde el instante primero
que mi hijo me habló de ti
y de su amor verdadero.

En mi pecho de mortal,
¿podría otro afecto igual
reemplazar al que te tuve?
¡Imposible es caso tal!
¡Siempre habría alguna nube
en mi cielo espiritual!

Y hoy, que tu hogar es la esfera
donde el bueno sólo impera,

y á do no es fácil llegar
sin la virtud más austera,
no olvides el triste hogar
donde se te ama y venera.

NOBLEZA Y VIRTUD

Feliz el que volviendo á lo pasado
los tristes ojos, lo contempla puro,
que, como el fuerte, incontrastable muro,
no fue jamás del enemigo hollado.

Feliz el que con rostro levantado,
sin necio orgullo, porvenir seguro
ve sólo en el trabajo asiduo y duro,
y en el deber, por la virtud amado.

Ese podrá caer de la grandeza
á la honda miseria despiadada,
sin llegar á enlodarse en la vileza.

Y vale más una indigencia honrada
que serena levante la cabeza,
que la sien por el vicio coronada.

A JULIA

No me engañan tus ojos, que ellos dicen,
Julia, lo que eres tú,
como no engaña el lago cuando copia
el ancho cielo azul.

Que eres un ángel me aseguran ellos
todo bondad y amor,
al par que nido de virtud austera
tu virgen corazon.

Bajo un dosel de flores caminaba
cuando te conocí,
y era todo perfumes el ambiente,
robados al jardín.

Y aunque lograba por la vez primera
tus manos estrechar,
al hallarse tus ojos con mis ojos
juráronse amistad.

Lo que así nace, perdurable dura
y vive sin doblez,
avasallando el tiempo y la distancia,
y el olvido también.—

Para el que alienta solitario y triste,
soñando con su hogar,
y tiene que arrostrar hondos peligros
para llegar allá:

dulce, como el oasis del desierto
para el viajero, es
encontrar una amiga cariñosa
que lo comprenda bien.

Por eso, Julia, eternamente grato
tu nombre me será,
y cual guarda el avaro su tesoro,
guardaré tu amistad.

LA INFANCIA

Si en las horas de prueba es cuando luce
del corazón guerrero la pujanza,
como el hábil marino su pericia
en mares agitados por borrascas,
en el hondo silencio del retiro
medita el genio, y, con la fe en el alma,
surge un Colón para encontrar un mundo,
del piélago perdido entre las algas,
ó un noble, dulce y bienhechor apóstol,
cual Vicente de Paul, luz de la infancia.

¡La infancia! Casta aurora de la vida
de múltiples colores matizada,

con cielos siempre azules por techumbre
y horizonte infinito por murallas;
¡La infancia! Pebetero misterioso,
nido de las sonrisas y las gracias,
voluble como inquieta mariposa
que al viento luce sus pintadas alas;
¡La infancia!... Pobre y sin amor ¿qué fuera?
¡La débil hoja que aquilón arrastra!

Ella, el más puro amor de los amores
luz del hogar en la existencia amarga,
retoño de la planta que envejece
y dorado tormento de sus ansias:
¡cuántas veces sin rumbo y desvalida,
porque la senda del deber no halla,

corre á sumirse en lodazal inmundo,
en donde al fin, por su desdicha, alcanza
á ser ejemplo de viviente oprobio
para la misma corrupción humana!

¡La infancia!... Nada pido para aquella
que nació del magnate en el alcázar,
y que un ambiente perfumado y tibio
respira, envuelta en transparentes gasas:
á ésa le sobran mimos y caricias,
y, en acecho constante de sus gracias,
siempre hay quien vele su tranquilo sueño
con solícito afán, en la esperanza
de recoger del labio purpurino
la sonrisa primera, luz del alba.

Pero hay otra que ignora por qué vive,
de dónde viene y hacia dónde marcha;
que si tuvo una madre, fué una fiera,
ó del mundo una víctima ignorada.
Esa no halló calor para abrigarse
en el materno seno, y en las tablas
abrió los ojos, del mezquino torno
que abierto tiene la piedad cristiana
para el que vino náufrago á la vida,
flotando en las espumas de las aguas.

Esa infancia, con eco lastimero,
hoy, en el día de la Patria, os llama;
hoy, que el chileno corazón palpita
con gozo igual, del mar á la montaña.

Y al entregarle el óbolo bendito,
con noble mano, generosa y franca,
le dais el pan que nutrirá su cuerpo,
mientras llega la hora afortunada
en que su mano con vigor empuñe
el pendón de la estrella solitaria.

NOCHE DE INSOMNIO

A MI HERMANA DELFINA.

I

Nieve es el aire que do quier se aspira;
todo parece congelado estar;
y hasta la luna que en el cielo gira
muestra de hielo su redonda faz.

¡Qué horrible frío! Poderoso el viento
silba en las calles con tremenda voz,
y dilatando su voraz aliento,
nubes arrastra de su carro en pos.

Si brillan en el cielo las estrellas,
su luz es triste, moribunda luz;
no ya brillantes nos parecen ellas,
como engastadas en esmalte azul.

De negras nubes singular paisaje
nos traza el viento caprichoso, en él:
ya un castillo de bello torreaje;
ya una montaña, do un volcán se ve

que en humo espeso temeroso envuelve
el horizonte, en que á perderse va,
y al flotar en el aire, se disuelve,
y forma otros paisajes más allá.—

¡Qué horrible frío! Nadie se aventura
por las desiertas calles, sin más luz
que aquella que el relámpago fulgura,
rasgando á trechos el brumoso tul.

¡Cuánto misterio, cuánta poesía
naturaleza nos descubre hoy!...
¡Nada la iguala, si se muestra un día
en toda su grandeza y esplendor!

Duerme, pero despierta más hermosa,
más pura, más aérea, más gentil,
con su guirnalda de jazmín y rosa
que el aura mece entre caricias mil,

Con sus inmensos bosques seculares,
donde crecen el cedro y el laurel,
y donde asienta sus queridos lares
raza que nunca subyugada fué.

II

En tanto, sube plácida la luna,
iluminando su esplendor bizarro
cuanto en la tierra lóbrega se aduna
bajo el marfil de su brillante carro.

¡Sublime instante de silencio y calma!
¡Quietud que vuelve al corazón el brío!
¡Augusta soledad, do encuentra el alma
horizontes sin fin á su albedrío!

¡Qué horrible frío! Nadie se aventura
por las desiertas calles, sin más luz
que aquella que el relámpago fulgura,
rasgando á trechos el brumoso tul.

¡Cuánto misterio, cuánta poesía
naturaleza nos descubre hoy!...
¡Nada la iguala, si se muestra un día
en toda su grandeza y esplendor!

Duerme, pero despierta más hermosa,
más pura, más aérea, más gentil,
con su guirnalda de jazmín y rosa
que el aura mece entre caricias mil,

Con sus inmensos bosques seculares,
donde crecen el cedro y el laurel,
y donde asienta sus queridos lares
raza que nunca subyugada fué.

II

En tanto, sube plácida la luna,
iluminando su esplendor bizarro
cuanto en la tierra lóbrega se aduna
bajo el marfil de su brillante carro.

¡Sublime instante de silencio y calma!
¡Quietud que vuelve al corazón el brío!
¡Augusta soledad, do encuentra el alma
horizontes sin fin á su albedrío!

Sola la luna, las estrellas solas,
en luz envuelven el dormido suelo,
y al bronco són de las inquietas olas
el ave de la noche alza su vuelo.

Y ensaya el canto que temor derrama
en el vulgo ignorante, que imagina
que de su vida la inestable llama
hacia el sepulcro rápida declina.

III

En calma todo imperturbable yace,
y la estrella del alba asoma ya,
iris de paz que con su luz deshace
negros fantasmas que pavor nos dan.

Y la veste de niebla, desgarrada,
del turbulento mar huye al confín,
despejando la bóveda azulada
en que el rey de los astros va á lucir.

Muy luego el mundo tornará al rüido,
al llanto, que en el sueño se calmó,
y á los cantares se unirá el gemido
del que á la fría realidad volvió.

Se ocultará la fiera en su guarida,
que otra más cruda se despierta ya:
la fiera humana, hambrienta y perseguida
por ansia eterna y perdurable afán.

¡Yo amo la noche!... Mas, el día asoma
con el concierto de sus himnos mil,
y el cuerpo fatigado se desploma,
presa de extraña agitación febril.

Quizá en el lecho cobraré la calma
que el desvelado espíritu perdió,
y las visiones célicas del alma,
quizá en el sueño lucirán mejor.

COMPASIÓN

Que compasión te inspire
ese infelice paria,
siempre en la noche solo
y solo en la mañana.

¿Qué vale, para el mundo,
que vale que sus arcas
llenas estén, si á nadie
la mano tendió franca?

¿Si hasta el mendigo humilde
llega á su puerta... y pasa,
que allí no habitó nunca
la caridad cristiana?

Como á mastín rabioso
la sociedad lo aparta,
que ofenden sus sonrisas
y hieren sus miradas.

¿Qué más castigo quieres
para ese triste paria,
si ya el remordimiento
le está abrasando el alma?

EN LA TUMBA

DE

DON ANTONIO LARRAGUIBEL

¡Qué secreto pavor infunde al alma
la majestad severa de una tumba!
¡Cómo nos sobrecoge su silencio,
que el bullicio mundano apenas turba!
En vano la cubrimos con las flores
de que la hermosa primavera abunda,
y en vano la regamos con las lágrimas
que brota el manantial de la ternura:
siempre ella fué un misterio, y el misterio
con la luz de la fe sólo se alumbra.

Un espíritu noble se ha elevado,
como blando perfume, hacia la altura,
dejando de su paso por la vida
una huella purísima y fecunda.
Y esa alma sin doblez, que medio siglo
luchó en la tierra por la enseña augusta
de nuestro credo liberal, merece,
el cielo cual creyente de fe pura,
y la eterna memoria de este pueblo
que hoy le despide con la frente mustia.

Era hasta ayer nuestra mejor egida,
de nuestro templo la mejor columna,
y al peso de los años se desploma
cumpliendo con la ley de la natura.
Era un anciano, y semejaba un joven

en los azares de la ardiente lucha,
que alegre como el noble veterano,
á quien el riesgo de la lid no turba,
á la voz de la patria era el primero
en olvidar sus años y penurias.

Y al alcanzar la meta,—el horizonte
bañado de purísimas alburas,—
le hiere el rayo, y como frágil rama
la frente inclina que altanera, adusta,
no transigió jamás doblegadiza
con lo que estaba con su credo en pugna.
¡Adiós, amigo! Las marinas auras
tu sueño arrullen al besar tu tumba,
y en la callada noche te acompañe
el tibio rayo de la casta luna.

LAS DOS SERENAS

ROMANCE PRIMERO

Revueltos están los valles
que el manso Coquimbo riega,
porque terribles noticias
viene corriendo la flecha (*).

Del Inca Manco los *quipos* (**),
salvando las cordilleras,
anuncian que el Castellano
por el desierto se interna.

(*) Correo.

(**) Hilos de colores, con más ó menos nudos, según lo que querían expresar, que les servían de escritura.

Pero que, más poderoso
que lo fué la vez primera,
es hoy la lucha imposible
é inútil la resistencia.

Simulada mansedumbre
el Inca les aconseja,
que á veces la astucia logra
lo que no alcanza la fuerza.

Que vistan los repugnantes
andrajos de la miseria,
y oculten entre los bosques
el maíz de sus cosechas.

Que los ganados retiren
al abrigo de las sierras,
y todo el oro y la plata
escondan también en ellas.

¡El oro!... ¡Ante todo el oro!
Que el Castellano lo acecha
con la rabia de la puma,
la astucia de la culebra.

Eso es lo que busca, y eso
lo que le turba y desvela,
porque á los blancos devora
la fiebre de la riqueza.

«¿Qué harán nuestros opresores,
el Inca sesudo agrega,
al ver rasos los plantíos
é inculta la demás tierra;

«y al morador sin ventura
desnudo por la pobreza,
sin una joya los brazos
ni los cuellos de sus hembras?...

«Si al fin de tantas fatigas
no hallan el premio que esperan,
con tardío desengaño
abandonarán la empresa.»

***

Atónitos, confundidos
con la temerosa nueva,
de los pasados horrores
la memoria se les puebla.

No olvidan que el cruel Almagro
encendió en Huasco una hoguera,
y que treinta de los suyos
de las llamas fueron presa.

Por eso los más altivos
hoy como mujeres tiemblan,
y el más locuaz enmudece,
que el pavor ata su lengua.

Se sobresaltan si el viento
silba ronco entre las peñas,
porque escuchar les parece
las castellanas trompetas.

Y si su soplo levanta
nubes de impalpable tierra,
imaginan que las mueven
los corceles que se acercan.

Y en tanto, vuelan las horas,
el sol á su ocaso llega,
y los mandatos del Inca
ninguno á cumplir acierta.

***

Mas, ¿cómo trocar en yermo
aquella planicie inmensa
que ya vistió con sus galas
la fecunda primavera?

¿Cómo agotar los arroyos
que del monte se despeñan
para refrescar los campos
que un sol de fuego caldea?

¿Cómo arrasar de improviso
el follaje de las selvas,
donde las auras modulan
sus misteriosas endechas?

¿Cómo decir á las aves
que huyan á lejanas tierras,
abandonando sus nidos
en la secular floresta?

¿Ni cómo extinguir la vida
que circula por las venas
de aquellos montes altivos
que el rico metal secretan?

¡Ah, nó! Que no es dado al hombre
pròfanar con torpe diestra
los encantos de natura,
siempre joven, siempre bella.

***

Las cañas de los maizales
el verde esmeralda ostentan,
y en las nacientes mazorcas
el fruto á granar empieza.

¿Cómo arrancarlas, entonces,
sin que mañana á las puertas
de la miserable *ruca* (*)
el hambre a situarse venga?

No tocar las plantaciones
al fin los tristes acuerdan,

(*) Choza.

y lejos llevarse cuanto
tentar la codicia pueda.

Las finas mantas y el oro
ya guarda la abrupta sierra,
y todo el grano que cupo
en las vajillas de greda.

Los diligentes pastores,
con los rebaños se alejan
hacia las hondas quebradas,
donde ni el cóndor acecha.

Todo desparece, todo,
y en las infelices tiendas

no vuelve á brillar el fuego
que su desnudez calienta.

Así, solícitos, cumplen
de Manco la orden excelsa,
y dentro el pecho devoran
la rabia de su impotencia.

ROMANCE SEGUNDO

Cuando Pedro de Valdivia,
con la hueste castellana,
descendía por los agrios
breñales de Santa Gracia;

más que una tropa aguerrida
y á las luchas avesada,
una agrícola colonia
sus legiones semejaban.

Aquí un altivo guerrero
lleva á la grupa una dama,
que en sus brazos acaricia
al hijo de sus entrañas.

Allá una recua de mulas
con útiles de labranza;
acullá muebles sencillos,
ajuar modesto de casa.

Y en pos, indianos pastores,
y bestias de varias razas
que el conquistador destina
á productiva crianza.

***

Muchas leguas han andado
por regiones solitarias,
y ninguno disimula
su disgusto en tal campaña.

Nadie esconde el desaliento
con que prosigue la marcha,
que la conquista de Chile
está desacreditada.

Sólo Valdivia es constante
y fuerte como su malla,
que bien sabe lo que expone
en tan dudosa jornada.

En lucha va con la suerte,
y acaso para sí exclama:
«¡O yo le arranco la gloria,
ó ella á la tumba me arrastra!» —

Súbitamente, la escena
como por ensalmo cambia,
que un valle fértil descubren
las atónitas miradas.

Todo verdura es el campo,
toda perfumes el aura,
y el cielo azul se refleja
en el cristal de las aguas.

Fecunda la primavera,
su blando imperio dilata,
luciendo los mil colores
de sus espléndidas galas.

Cada colina es un bosque,
un jardín es cada falda,
el campo un maizal inmenso,
y tendido á la distancia

el mar Pacífico, luce
sus ondas verdes y mansas,
y en frente, la cordillera,
la nieve de sus montañas.

De Valdivia al noble pecho
torna otra vez la esperanza,
el fuerte caballo aguija
y á los suyos se adelanta.

Hace sonar las trompetas,
y en tierra clavando el asta
de su estandarte, así dice
á los que su voz aguardan:

—«Alcemos aquí las tiendas,
¡oh mis fieles camaradas!
que hoy parece que la suerte
de perseguirnos se cansa.»

—«¡Bello paisaje!—responde
entusiasmado Villagra,—
y es raro que nadie habite
tan peregrina comarca».

—«El indio medroso ha huído
sin duda», Alderete exclama.
—«¿Sin destruir sus sembrados?»
dicen Aguirre y Araya.

—«Dejad vanas presunciones,»
Bohón interrumpe, y alza
el brazo, y allá á lo lejos
un grupo de indios señala.

—«¡Por el apóstol Santiago!»
murmura Jofré, «¡Qué fachas!
¡Si parecen del infierno
ánimas carbonizadas!»

***

Semidesnudos, apenas
cubiertos con toscas mantas,
desteñidas por el tiempo,
por el uso desgarradas:

haciendo mil reverencias,
sin articular palabra,
diez indios llegan humildes
de Valdivia hasta las plantas.

Tras prolongado silencio
el castellano los alza,
y el lenguaraz les pregunta
de su venida la causa.

De entre ellos el más anciano
alza la frente tostada,
medita un punto, y sereno
á los otros se adelanta.

Y en pintoresco lenguaje,
lleno de la astucia indiana,
—«*Huinca* (*) poderoso, dice,
sabíamos tu llegada.

«Uno de nuestros hermanos
nos trajo la nueva grata,
no bien hollaste la arena
del desierto de Atacama.

«Pero corrían los soles,
y como tanto tardabas,

(*) Español.

el cacique Huelquemilla
partió á los valles de Guanta».

—«Y tú, ¿quién eres?»
—«Soy Colpi:
de Huelquemilla la amada,
es mi hija.»
—«Y estos campos,
¿qué producen?»
—«Siembra escasa.

«Apenas estos maizales,
cuya cosecha no basta
para las tribus que habitan
tan dilatada comarca.

—«¿Pero sin duda estos montes
producirán oro ó plata?...»
— «No entiendo, *huinca*, no entiendo
de lo que dices, palabra.»

—«¡Bien está! Nosotros somos
vasallos del rey de España,
del mundo todo el más grande
y poderoso monarca.

«Ya en nombre suyo he tomado
posesión de esta campaña,
y acatamiento os exige
su voluntad soberana.

«Mañana, al rayar la aurora,
continuaremos la marcha
al sur. Dos guías te pido.»
—«Los tendrás antes del alba.»

***

Ni unos ni otros agregaron
á lo dicho una palabra,
pero señales los indios
de retirarse no daban.

De objeto en objeto iban
posándose sus miradas,
y la codicia sus rostros
y sus modales delatan.

Valdivia, que lo comprende,
de baratijas los harta,
gozándose en sus adentros
con tan sencilla ignorancia.

Locos ellos de alegría,
pronto de alejarse tratan,
que temen perder sin duda
joyas que les son tan caras.

Y sin despedirse, vuelven
al Castellano la espalda,
sus generosos regalos
guardando bajo las mantas.

***

Tras una noche de estío,
de luna llena, arrullada
con el poético canto
de las olas y las auras;

rayó la brillante aurora,
y con sus lenguas arpadas,
en honra suya entonaron
las avecillas, la diana.

Y antes que el sol de los Incas
coronase las montañas,
Valdivia, vadeando el río,
siguió su penosa marcha.

ROMANCE TERCERO

Tristes, monótonas ruedan
á su fin las lentas horas,
y Huelquemilla suspira
porque los guías no tornan.

El *machi* (*) dice que el buitre
vuela al sur en larga tropa,
porque sin duda ya husmea
la sangre caliente y roja.

Y hablan todos de combates,
de derrotas y victorias,

(*) Curandero indígena.

y unos alegres sonríen,
y otros apenados lloran.

Sólo el augur, triste y grave,
la frente en silencio dobla,
y si le miran se esquiva,
y calla si le interrogan.

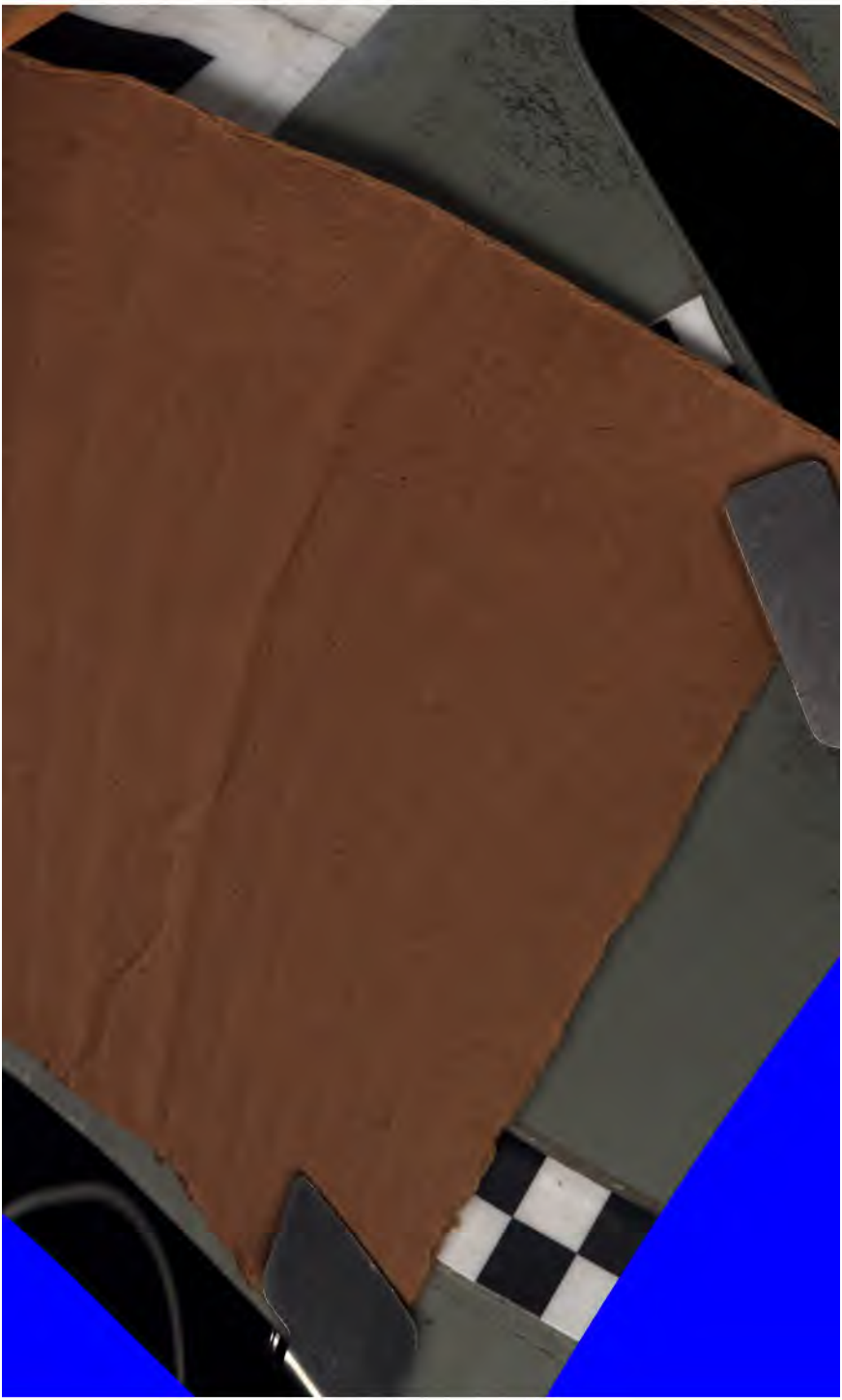
....
.....
....
....

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	III
Introducción	V
Camilo Henríquez	3
La voz de América	5
Canto á la tarde	8
En un álbum	12
Cuento de Albufeda	15
En la muerte de la señora Quiteria V. de Benavente	17
Abnegación	20
Salve	25
A un junco	27

	Págs.
La caridad	30
Simpatía	34
A mi caballo	36
Despedida	40
En la muerte de la señorita Elcira Zorrilla	42
Zunilda	48
Adiós á Zunilda	57
Al sol de setiembre	61
La violeta	63
Colón	66
A mi primogénito	68
A un joven guitarrista argentino	71
El esclavo cristiano	74
María	76
A Elisa	80
La muerte de Lautaro	83
Romance	85
En la tumba de don Bruno Larraín	89
Cerro-Grande	92
Canto de un pescador	100
A Fray José M. Madariaga	104

Págs.

La Nochebuena..... 108
A Gertrudis..... 115
La ramera..... 117
El Santa Lucía..... 123
¿Por qué estás donde estás?..... 128
Misión del poeta..... 131
Fábula..... 133
En el álbum de Delia..... 139
Apólogo..... 143
A la baronesa de Wilson..... 146
Arturo Prat..... 150
En el álbum de Blanca..... 152
Del Petrarca..... 155
Prólogo á los artículos de Manuel Concha 157
A la Serena..... 163
A mi hijo Manuel..... 169
A la orilla del mar..... 171
A la memoria de Hortensia..... 176
Nobleza y virtud..... 180
A Julia..... 182
La infancia..... 185

	Págs.
Noche de insomnio	190
Compasión	197
En la tumba de don Antonio Larraguibel.	199
Las dos Serenas	202